


Selección TERROR

# JUNTO AL PAVOROSO CEMENTERIO

Ada Coretti

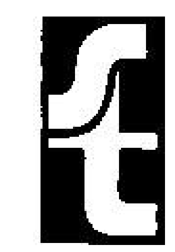

ST
SELECCION
TERROR

ADA CORETTI

# JUNTO AL PAVOROSO CEMENTERIO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 476

Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

BARCELONA —BOGOTÁ —BUENOS AIRES —
CARACAS —MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 5.795- 1982
Impreso en España - *Printed in Spain*.
1ª edición en España: abril, 1982
1ª edición Americana: octubre, 1982


**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor,**
**por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650)
Barcelona —1982

# CAPITULO PRIMERO

Lucille Farren se había enamorado de aquel hombre y se había casado con él. No se había detenido a considerar si hacía bien o mal.

Lucille Farren era fina, delicada, parecía una muñeca. Aún no había cumplido los diecinueve años y su vida, hasta entonces, había sido alegre, risueña, algo muy parecido a un trocito de cielo.

Pero cuando Lucille descendió del autocar de línea y vio su nueva casa, respingó. Acababa de comprender, o de adivinar, o de presentir, o lo que fuera, que su futuro iba a ser un infierno...

No obstante, ella se había casado muy enamorada y quiso poner de su parte, quiso mostrarse comprensiva.

—Pero..., pero... —A pesar de sus esfuerzos no pudo menos de tartamudear—. ¿Esta es tu casa, Jack?

—Sí —contestó él.

Lo lógico hubiera sido que le diera una explicación, que, por lo menos, se disculpara por no haberse sincerado con ella. Pero se limitó a dar como buena su breve respuesta.

—Pero esta casa —repuso Lucille— no tiene nada de acogedora. Es sencillamente tétrica. Algo completamente distinto a lo que yo esperaba encontrarme.

—A mí me gusta —dijo Jack.

—Además, esa tapia... —Tembló ostensiblemente la voz de la muchacha—. Esa tapia...

—Es el cementerio —le hizo saber Jack.

—¿El qué...? —se atragantó.

—El cementerio de Mattggerty. Donde hay un sepulturero, como en todos los cementerios. —Y Jack le aclaró—: Vale más que lo sepas de una vez, el sepulturero soy yo.

La muchacha se quedó sin poder tragar saliva.

—Por eso mi casa está situada aquí, a pocos metros de la tapia —la informó Jack—. De este modo, a la hora de trabajar, pierdo poco tiempo en desplazarme.

Los bonitos ojos azules de la muchacha se habían clavado en la tapia y en la puerta de hierro que daba entrada al lugar donde los muertos reposaban, o al menos parecían reposar de sus afanes y penalidades en esta vida.

La puerta del cementerio, en aquellos momentos, se hallaba abierta de par en par.

¿Como queriendo facilitar el paso a quienes iban a recordar a sus muertos, a poner flores a sus tumbas? ¿O acaso para que los muertos tuvieran más fácil el poder huir de allí, de sus nichos, de sus tumbas, de sus tétricas concavidades mortuorias?

Esto es lo que pensó Lucille, que se había puesto nerviosa, muy nerviosa, y que hubiera dado cualquier cosa por poder echar a correr.

Pero no podía hacerlo. Allí estaba su nuevo hogar.

Jack entró las maletas, dejándolas en la primera estancia de la casa. Una estancia amplia, pero sucia y mal amueblada, donde todo crujía como en una película de miedo.

La claridad del día llegaba hasta el interior de la vivienda, pero había niebla, una niebla tupida y espesa, y esa claridad, tal vez por ser escasa, no conseguía vencer el ambiente
lúgubre
del
lugar.

—Aquí está el dormitorio... —repuso Jack abriendo una puerta.

Lucille vio una habitación más bien pequeña, una cama de hierro, alta y fea, y un destartalado armario de tres cuerpos. Le dieron ganas de echarse a llorar.

—Aquí está la cocina... —continuó diciendo Jack, abriendo otra puerta
—. Esta pieza es

la más espaciosa de la casa. Hay dos dormitorios más, luego te los enseñaré. Mira ahora la cocina...

Era aquél un lugar espacioso, en esto Jack tenía razón. Aunque tanto la cocina propiamente dicha, como el horno, como todo lo demás, era viejo y desvencijado. Lucille apenas pudo contener las lágrimas.

—¿Has reparado en el horno? —le preguntó Jack, instantes después —. El muy grande... Mi madre, cuando vivía, cocía barras de pan y luego las vendía. Tú podrás hacer lo mismo, así iremos mejor de ingresos. El sueldo de sepulturero no da para mucho. Es una buena idea esa de que tú cuezas pan, ¿no te parece?

Lo único que a Lucille le parecía era que le iba a costar mucho soportar todo aquello. Le iba a costar tanto que quizá resultaran inútiles sus esfuerzos.

—Jack... —susurró.

—¿Qué?

—Creo que me va a dar miedo vivir aquí —dijo ella, no queriendo ocultarle lo que sentía—. La casa no me gusta nada. Aunque eso aún sería lo de menos si estuviera situada en otra parte, pero aquí, junto al cementerio...

—¡Bah, no digas bobadas! —barbotó Jack—. Un cementerio es un lugar muy tranquilo, donde nunca pasa nada. Los muertos son inofensivos...

—Sí, lo sé —asintió ella—, y me merecen todo el respeto del mundo. Pero hazte cargo, Jack. Me has tenido engañada respecto a tu trabajo, a tu casa, a todo, y ahora, así de pronto, no encuentro fuerzas para asimilar...

—Ya se te pasará —repuso Jack—. Es la impresión del primer momento. Anda, ven...

—Se la llevó hacia la cama de hierro, alta y fea—. Es nuestra noche de bodas, ¿no?

Pasaron los días y Lucille no consiguió aclimatarse a su nueva casa, a su nuevo hogar. Todo aquello la ahogaba, le cortaba la respiración.

Y su angustia fue aún mayor cuando Jack, su marido, empezó a increparla, y muy duramente por cierto, al darse cuenta de que no terminaba de hacerse con aquel cambio de vida.

—Perdóname... Ya me esforzaré...

A la muchacha no se le ocurría decirle otra cosa..

—¡Estas manías se han de acabar! —Jack, aquella noche, se puso a gritar como un poseso—. ¿Que esta casa no es un palacio...? De acuerdo. ¿Que junto a esta casa está el cementerio,..? De acuerdo también. Pero ya no eres una niña, así que no te consiento que tengas miedo...

—Perdóname... Ya me esforzaré...

Y Lucille, una vez más, intentó calmarle con estas palabras.

—No voy a dar más largas al asunto. ¡Levántate ahora mismo! —barbotó Jack—,

¡Ahora mismo he
dicho! Estaban en
la cama.

Y hasta hacía pocos minutos, el viento, arrastrándose y llevándose la niebla, había bramado en los cristales de la ventana mientras la noche avanzaba extendiendo por todas partes su negro poderío.

—¿Levantarme ahora...? —se asombró Lucille.

—Sí. —Y Jack agregó—: Ponte una bata y sal de la casa... —Era una orden terminante—. Y no regreses mientras no hayas dado una vuelta por el cementerio. Coge una vela, no vayas a tropezar... ¡Ya verás cómo se te quitan las manías de una vez!

—No, eso no... —gimió Lucille.

—¡Sí, eso sí!

—No..., no...

Pero Jack alzó la mano y empezó a abofetearla. Y siguió haciéndolo cada vez más brutalmente hasta que ella se decidió a obedecerle.

Ya con la bata puesta, anudada al talle, salió de la casa y anduvo lentamente junto a la tapia del cementerio, y llegó a la puerta entreabierta...

¿Como si alguien acabase de entrar y se hubiera olvidado de cerrarla?

Todo era posible.

¿Como si alguien acabara de salir? Todo era, asimismo, posible.

Ya en el interior del sagrado recinto, Lucille Farren anduvo con pasos cortos, muy cortos. El miedo no le daba opción a avanzar más rápidamente.

A su alrededor, cipreses, nichos, tumbas, cruces e inscripciones... Sintió un escalofrío.

Todo aquello, a la luz de la vela que llevaba en su temblorosa mano, se alargaba y se encogía de forma fantasmal. Se alargaba y se encogía de forma espeluznante.

Cipreses, nichos, tumbas, cruces e inscripciones...

Sintió un nuevo escalofrío.

De pronto, le pareció que una losa se movía, se alzaba, dejando libre un lúgubre agujero. De ese agujero surgió una mujer. Una mujer que sólo era huesos y piel, y una cabellera rojiza como una llamarada de fuego. Iba vestida con velos desgarrados, sin duda, claro, debido al transcurso del tiempo, tal vez de los siglos.

No, no había sucedido nada de lo que había visto. Simplemente a ella se lo había parecido. ¡Era tanto el pánico que sentía!

¿O sí había sucedido...?

En aquel momento los escalofríos que sentía eran constantes.

Pero siguió recorriendo el cementerio. Tenía que hacerlo. Jack la maltrataría si comprendía que no había sido obedecido.

Cuando regresó a su casa, mojada de sudor, con un temblor convulsivo en todo su cuerpo, se encontró con que su marido dormía. Roncaba.

Le dio no sabía qué acostarse a su lado.

«Huiré de su lado —pensó—. Cualquier cosa antes que esto... No puedo soportarlo.» Ahogando los sollozos, hecha un ovillo, intentó dormir. Sólo lo intentó. No lo consiguió. Tenía clavado en la mente el miedo que había pasado.

¡La losa se había alzado, dejando libre un lúgubre agujero...! ¡Y había aparecido una mujer, que sólo era huesos y piel, y una cabellera rojiza como una llamarada de fuego...! Vestía velos desgarrados...

Pero ¿no había sido todo eso, acaso, meras y simples imaginaciones suyas?

«Mañana huiré de Jack —decidió—. No volveré aquí jamás.»

Pero Lucille Farren cambió de idea. No se fue de la casa situada junto

a la tapia del cementerio. Se quedó. Aquél era su hogar y Jack era el padre del hijo que iba a tener.

Sí, al saber que estaba embarazada cambió de idea. Desde luego, convencida de que Jack se volvería más bueno, más humano. Aún podrían, quizá, llegar a entenderse bien.

Se equivocó.

Jack siguió atormentándola a pesar de saber que iba a darle un hijo. No tenía con ella la menor atención, ni la más pequeña delicadeza. A tanto llegaban por lo demás sus malos tratos, que cada dos por tres, a medianoche, la obligaba a coger una vela y a salir a dar una vuelta por el cementerio.

—¡Conseguiré que se te quiten esas manías! —barbotaba encolerizado—. ¡Vaya si lo conseguiré!

Lo que vino después aún fue peor. Si es que algo podía aún ser peor.

Jack se fijó en la hija del posadero. Era una muchacha de unos veinticinco años, más fea que guapa, que hasta el momento no había encontrado un hombre que se interesara por ella. Jack sólo tuvo facilidades. Joanna, que así se llamaba la hija del posadero, se había vuelto desvergonzada. Necesitaba un hombre y se había cansado de esperar que alguno la pidiera en matrimonio.

Jack se dedicó a reunirse con ella en el bosque. Allí hacían el amor.

Lucille Farren se enteró de todo esto por Harry Diamond, un joven jorobado que vivía con su madre cerca de Mattggerty. Su casa era de las mejores que había por los alrededores de la localidad.

Harry Diamond era un buen chico, que soportaba su desgracia, su joroba, con resignación. Tal vez porque ese mismo defecto lo veía en su otro hermano, Bill, el mayor de ambos. Aunque Bill, no se había resignado a ser distinto a los demás hombres y a menudo maldecía de su mala suerte.

Harry se había enamorado de Lucille, pero le ocultaba sus sentimientos. Claro, no podía ser de otro modo sabiendo que estaba casada.

Pero cuando Jack se dedicó a Joanna, la hija del posadero, Harry no quiso ocultarle la realidad a la muchacha. Así que le dijo lo que ya sabía todo el mundo, lo que ya era de dominio público.

Lucille se encogió de hombros con gesto de indiferencia. Ya no amaba a su marido.

—Lo único que ahora me importa es mi hijo —musitó.

A medida que avanzaba su embarazo, Jack se fue distanciando más y más de su esposa. Hasta que llegó un momento en que, por lo visto, decidió prescindir de ella para todo y en todos los sentidos.

Así pues, la abandonó. Una mañana salió a su trabajo, como sepulturero, y ya no regresó a la casa situada junto a la tapia del cementerio.

Lucille se enteró después. Jack había construido una pequeña cabaña cerca del bosque y allí permanecía con Joanna, quien, de modo definitivo, se había escapado a la vigilancia paterna.

—No soporto a Lucille —le oyeron decir a Jack en una ocasión—. Ni aun sabiendo que va a darme un hijo.

Durante aquellos meses en que Lucille se encontró tan sola, Harry Diamond se esforzó por ayudarla. Se esforzó al máximo. Comprendía que le necesitaba. Pero en ningún momento se permitió la menor alusión a sus sentimientos. Enmudeció a este respecto de un modo total, absoluto.

A menudo le daba dinero.

—No te doy más —le decía— porque mi madre es muy tacaña. Me da muy poco para mis gastos.

—Gracias, Harry —le agradecía ella. Y solía añadir—: ¡Qué sería de mí sin ti en estas circunstancias!

Otras veces, Harry Diamond le llevaba comida. Entraba en la cocina

de su casa y

aprovechaba la ausencia de la criada para coger y meter en una cesta lo que le parecía que más había de gustarle a Lucille. Luego se lo llevaba, mientras la criada, reparando en que los alimentos desaparecían como por arte de magia, levantaba las manos al cielo sin comprender lo que sucedía.

Llegaba la hora del alumbramiento, pero Lucille no estaba excesivamente preocupada. Una buena mujer, Elisabeth Maxell, viuda, que vivía en Mattggerty en una pequeña casita, se había ofrecido a atenderla.

Y así lo hizo llegado el momento.

Lucille tuvo un hijo precioso

***

Pocos días después, Jack fue a conocer a su hijo. Alguien le había dicho que ya había nacido.

Lucille recibió a su marido mejor de lo que él se merecía, y le dijo que, puesto que prefería a Joanna, ella no tenía nada que objetar. Se había resignado ya a que sus vidas siguieran distintos derroteros,

Pero cuando Jack vio a su hijo, tan hermoso, algo brilló en sus ojos. Algo que hizo que Lucille se estremeciera. ¿Querría arrebatárselo? La duda se le quedó clavada como un dardo envenenado.

Unas semanas después, cierta mañana, Harry Diamond corrió hacia la casa situada junto a la tapia del cementerio. Había oído decir al propio Jack que quitaría el hijo a su madre.

—¡Oh, no! —gimió Lucille.

—Lo ha dicho, lo ha jurado —le hizo saber Harry Diamond—. Pero tiene que saber que la ley no está de su parte.

—¡Es capaz de quitármelo! —gimió de nuevo Lucille—. ¡Es muy capaz! ¡Le conozco! Sucedió dos días después. Más o menos alrededor de las nueve de la noche. Una noche, como muchas otras en aquella localidad, cargada de niebla.

Lucille vio cómo su marido se acercaba a largas zancadas, cada vez más aprisa. Había en él cierta indudable ansiedad por llegar.

Lucille se angustió horriblemente. El corazón, que de pronto se le había puesto a latir a la desesperada, le dijo que iban a arrebatarle a su hijo a la fuerza, lo quisiera o no. Al margen de todo razonamiento.

Miró a su hijo. ¡Qué hermoso estaba durmiendo como un ángel dulce y candoroso!

«Tengo que esconderlo —se dijo Lucille Farren para sí—. No debe encontrarlo por más que busque.»

Miró a su alrededor. No dio con el lugar idóneo para meter el capazo, con su hijo dentro. Pero algo tenía que hacer. Seguía mirando aquí y allá, cada vez más angustiada, cada vez más desesperada.

Finalmente, a través de la puerta de la cocina que permanecía entreabierta, vio el horno. Era un horno que ella nunca había encendido. Lo encendía la madre de Jack, cuando cocía el pan y luego lo vendía. De eso hacía ya años. Desde entonces permanecía tal como lo encontró.

Era un horno muy grande.

A Lucille le pareció un buen lugar para esconder a su hijo. Seguro que allí no se le ocurriría mirar a su marido.

Metido ya el capazo en el horno, tuvo buen cuidado, claro está, en colocar el postigo de la portezuela de forma que ésta no pudiera cerrarse del

todo.

Así no le faltaría el aire a la criatura. Además que, sin duda, su marido no tardaría en

irse.

—¿Dónde está? —fue lo primero que, al llegar, le preguntó Jack.

—¿Quién? —preguntó ella a su vez, pero sabía de sobra a quién aludía.

—¡Mi hijo! —exclamó Jack—. ¡Y como es mi hijo lo quiero para mí! ¡Entrégamelo ahora mismo!

—Imposible —dijo Lucille—. No está aquí conmigo. Le he enviado a Londres, con mi familia.

—¡Me estás mintiendo! —barbotó Jack—. ¡Está aquí, lo sé!

—Está con mi familia, ya te lo he dicho.

Jack se puso a buscar a su hijo, decidido a llevárselo consigo. Pero no lo encontró. Por más que buscó aquí y allá, nada, no dio con él.

—¿Por qué le has llevado con tu familia? —quiso saber al darse por vencido, al convencerse de que, en efecto, allí no estaba la criatura.

—Allí vivirá mejor —contestó Lucille.

Jack se dispuso a marcharse.

No había conseguido lo que se proponía.

—Volveré otro día —le dijo a su esposa—. Hemos de hablar detenidamente de nuestro hijo. Es tan tuyo como mío, ¿no?

—Tú has abandonado el hogar, no yo —repuso Lucille—. Además, que ahora es muy pequeño y necesita más a su madre que a su padre.

—Eso quiere decir que vas a reunirte con tu familia en Londres, ¿no es eso? —preguntó.

—Es posible —se limitó a asentir.

Jack se fue.

Y Lucille le siguió. Pero le siguió sin que él se diera cuenta. Quería asegurarse de que se iba en serio, de que no volvería sobre sus pasos.

Entre seguirle y regresar, no estuvo, desde luego, más de ocho o nueve minutos.

No es mucho.

Pero así que llegó junto a la casa, vio a Harry Diamond junto a la puerta. Le estaba esperando. Por lo visto había llegado por el otro lado, por

la carretera.

—No te digo a qué he venido —sonrió el joven jorobado al tenerla ya cerca—. No te lo digo todavía... Quiero darte una sorpresa.

—Si supieras, Jack ha estado aquí... —Y Lucille, con el pensamiento puesto en su marido, en sus intenciones, no se detuvo a pensar en lo que Harry Diamond podía haber hecho o no en aquellos minutos transcurridos —. Ha venido a por él niño.

—¿Y se lo ha llevado...?

—No, no —repuso ella—. Me he valido de una estratagema y he conseguido engañarle. Todo ha ido muy bien.

—Cuánto me alegro, Lucille.

—Y tú, Harry, ¿cómo es que estás aquí a estas horas? No te esperaba.

—Vamos a dar una fiesta en mi casa —dijo Harry Diamond.

—Sois ricos —repuso Lucille—. Es lógico que deis fiestas.

—La criada ha preparado varias tartas —siguió diciendo él—. ¿Sabes lo que he hecho? He cogido una para ti.

—Eres muy bueno conmigo.

—Tendrás que esperar a que se cueza... Se la he quitado a la criada apenas ha metido la pasta en el molde... Pero en seguida estará —agregó—. Ya he puesto leña al horno, he prendido fuego y dentro de muy poco...

—¿QUE HAS DICHO...? —gritó Lucille como una loca, rota su voz en un desquiciado desgarro.

—He dicho que te he encendido el horno —dijo Harry Diamond con tranquilidad.

—¡NO, DIOS MÍO...! —gimió con un desespero en el que aleteaban los estertores de una agonía infernal.

Lucille
corrió
hacia
la
cocina.
Ya
era
tarde.

La pobre criatura había muerto quemada. Su llanto había quedado siniestramente ahogado entre las paredes de aquel horno en el que Harry Diamond metió la tarta, cerrando herméticamente a continuación.

Lo hizo con naturalidad, como si nada, sin percatarse de que más allá había un capazo con un niño durmiendo plácidamente.

Al ver lo que había sucedido, Harry Diamond no pudo resistir el horrendo sufrimiento de Lucille, ni tampoco el suyo propio, y como un poseso salió corriendo de allí. Y se ahorcó en el primer árbol que encontró a su paso.

Lucille por su parte, a partir de aquel trágico accidente empezó a beber, a emborracharse.

No podía rehacerse al dolor que sentía ante la pérdida de aquel hijo idolatrado.

Pero para beber, para emborracharse, necesitaba dinero. Y no lo tenía. Así que empezó a mendigar por las calles de Mattggerty.

Todos le daban lo que podían. A todos les causaba una pena inmensa verla sufrir de aquel modo.

Hasta que acabó siendo algo común y corriente, para los habitantes de la localidad, la figura tambaleante de una mujer joven, muy joven, alargando la mano y diciendo:

—Una limosna, por favor... La necesito para beber y olvidar...

Fueron pasando los años. Uno tras otro, lentos, dolorosos y crueles. Peores que la más terrible y despiadada de las enfermedades.

Hasta que nueve años después, un día, un día cualquiera, apareció sin vida el cuerpo de Lucille Farren.

Pero no había muerto de forma natural. La habían asesinado. A cuchilladas.

La muerte, sin embargo, no había sido instantánea. De eso que Lucille, antes de dar su último aliento, tuviera tiempo de coger un lápiz y de escribir en un papel:

*«Quiero que en mi lápida se ponga la*

*siguiente inscripción...»*

# CAPITULO II

Hasta aquí la narración de aquel hombre viejo a su acompañante. En la posada de Mattggerty.

Narración que Reed Pullins, por estar en una mesa contigua a la de ellos, había podido escuchar perfectamente, sin perderse ni una sola palabra.

Reed Pullins era novelista. Ganaba bastante y vivía bien. Actualmente estaba disfrutando de unas vacaciones. Aún no había cumplido los treinta años. Era alto, delgado, de gestos rápidos y facciones acusadas, un poco duras. Gustaba a las mujeres.

Reed Pullins se quedó a la espera de que aquel hombre viejo, el que hasta entonces hablara, continuara haciéndolo y dijera qué inscripción fue la que Lucille Parren quiso, en aquella su última voluntad, que pusieran en su lápida.

Pero aquel hombre viejo, tras mirar su reloj y decir a su acompañante que se le había hecho tarde, optó por levantarse. Tras pagar al posadero las consumiciones hechas, ambos se fueron de allí.

Por lo que Reed Pullins se dijo que si quería satisfacer su curiosidad, no iba a tocarle otro remedio que ir al cementerio, buscar aquella lápida y leer con sus propios ojos lo que allí ponía.

Así lo hizo. No podía ciertamente alejarse de Mattggerty sin saber el fin de aquella lamentable y trágica historia. Tan trágica que, evidentemente, se recordaría en la localidad durante muchos y muchos años.

Por lo demás, Reed Pullins se quedó haciendo sus cábalas. ¿Quién había asesinado a Lucille Farren? ¿Y qué motivos le habrían inducido a cometer semejante crimen? No era más que una pobre mujer, borracha, sola y desgraciada.

Reed Pullins salió de la posada pocos minutos después, tras haber echado una ojeada a todo aquello, incluso al posadero, por descontado, un hombre de unos sesenta años, de mediana estatura, todo amabilidad. Acababa de pensar que no estaría nada mal que escribiera una novela con el argumento que acababa de oír... Aunque, claro, para escribirla tenía que encontrar un final apropiado. O mejor dicho, debía encontrarle su verdadero final. Otro no servía.

Se dirigió en su coche hasta el cementerio. Antes de llegar a Mattggerty ya había reparado en su tapia y en su puerta de hierro. También había visto aquella casa situada allí, muy cerca. Pero entonces no creía que volvería por aquel lugar. ¿A santo de qué iba a hacerlo?

Ahora había un motivo. La historia de aquella pobre muchacha, casada muy joven, que del modo más lamentable y horrible perdió a su hijo,

y que de la forma más inesperada e incomprensible había sido, años después, asesinada a cuchilladas.

Se apeó del coche, que acababa de detener ante la puerta del cementerio.

Era media tarde. Hacía un día claro, agradable. Según había oído decir, de los pocos días buenos que solía ofrecer aquella localidad. Lo normal era que estuviera nublado y que hubiera mucha niebla.

Entró en el cementerio, mirando si veía a alguien. Sí, no muy lejos había un señor mayor, muy bien vestido. Estaba poniendo flores en una tumba de categoría.

—Discúlpeme, señor —dijo Reed Pullins una vez llegó hasta allí—. Quizá pueda usted informarme. ¿Sabe dónde está enterrada Lucille Farren...?

—Sí, lo sé —le respondió él caballero.

Que era todo un caballero saltaba a la vista.

—Si es tan amable de indicarme...

—Es aquélla —extendió la mano, señalándosela.

—Muchas gracias, señor...

—Spencer Marley —se presentó.

—Reed Pullins —dijo a su vez el novelista, inclinándose un tanto.

Puesto que había decidido escribir aquella infortunada y trágica historia, lo mejor era que entablara cierta amistad, de ser posible, con los vecinos de la localidad. Por lo menos con alguno de ellos.

—Mucho gusto, señor Pullins.

—Unas flores muy bonitas —dijo éste, haciendo alusión a las que el caballero acababa de dejar sobre el mármol de aquella tumba.

Una tumba que era de las mejores del cementerio, esto resultaba evidente.

—Perdí a mi esposa hace años —rememoró Spencer Marley—. La quería de veras. Fue un golpe muy duro. De golpes así no es posible rehacerse.

—Lo lamento.

—Me gusta venir por aquí —siguió diciendo Spencer Marley—. Esto me consuela. Además, yo no tengo miedo...

—¿De qué iba a tenerlo? —preguntó Reed.

—De esa mujer sólo huesos y piel, de cabello rojizo como una llamarada de fuego, que según dicen sale de su tumba por las noches... Fue Lucille Farren quien la vio por primera vez. Por lo menos aseguró verla... Yo no creo que fuera cierto... Pero entonces aún no se había dado a la bebida, esto es lo cierto... En fin, que pese a todo yo no tengo miedo... Además, que ahora es pleno día...

Hablaron un poco más y luego se separaron. Al despedirse se estrecharon la mano con cordialidad.

Reed Pullins fue directamente hacia la tumba que buscaba. Allí, entre hierbas y maleza que nadie se había tomado la molestia de quitar, estaba la lápida de mármol y su inscripción:

LUCILLE
FARREN
(1952-1980)
ASESINADA
por un
(hombre o
mujer)
con
los
ojos
de
distinto

color

Reed parpadeó.

Nunca hubiera podido esperarse una inscripción como aquélla. Su perplejidad fue tanta que tuvo que sacudir la cabeza para desaturdirse.

En eso oyó tras él una voz femenina. Una voz agradable, que le sonó a música.

—Era mi tía.

Se volvió, encontrándose con una muchacha alta y espigada, de largos cabellos oscuros y deliciosos ojos azules.

—¿Su tía? —preguntó.

—No respondía a mis cartas y he venido a ver qué le pasaba —dijo Constance, que éste era el nombre de la muchacha—. Al llegar me he enterado de su muerte.

—Pero, ¿no se ha averiguado quién la mató? —preguntó Reed.

—No. —Y la muchacha agregó—: Como pista sólo hay esta inscripción en la lápida.

—Original inscripción, por cierto.

—Ella debió comprender que de este modo facilitaba una buena pista a quien pudiera interesarle seguirla... Una pista que el tiempo no iba a borrar, puesto que ni la lluvia, ni la niebla podrían con unas letras grabadas en mármol.

—Soy forastero, acabo de llegar a Mattggerty. Pero estoy ya al corriente de la historia de su pobre tía. Fue la suya una tragedia escalofriante.

—Sí, lo fue —corroboró ella—. ¡Y yo que la creía contenta y feliz! Pero es lógico que lo creyera, en sus cartas nada hacía pensar que...

—¿Le escribía? —quiso saber.

—Sí, bastante a menudo.

—¿Y qué le decía? ¡Oh!, perdone mi curiosidad y no la interprete mal. Pero si usted está dispuesta a partir de esta pista —indicó la inscripción de la lápida— y a buscar a su asesino, sepa que yo por mi parte estoy dispuesto a ayudarla, a tenderle una mano. Si tiene a bien aceptármela...

—Será un placer —dijo ella. Esta vez añadió—: Me llamo Constance. Constance Farren.

—Su padre y su tía Lucille eran hermanos, ¿no es eso?

—Exactamente.

—Ahora llamará usted a su padre, ¿verdad?

—Mi padre murió hará unos tres años. Desde entonces vivo con mi madre y mi madre no está bien de salud. Así que voy a tener que arreglármelas sola.

—Sola no. Yo estoy a sus órdenes, a su entera disposición —El joven sonrió abiertamente—. A propósito, me olvidaba. Mi nombre es Reed. Reed Pullins.

—No irá a decirme que es detective... Desde luego, me caería que ni pintado.

—No soy detective —reconoció—. Pero soy escritor de novelas policiacas. Quizá eso le pueda favorecer en algún sentido, ¿no cree usted? Como sea, lo dicho, estoy a su disposición.

—Quiero averiguar quién asesinó a mi tía, y por qué. Yo sólo sé que su marido la abandonó, que perdió a su hijo de una forma puramente accidental, pero espeluznante, y que sin acertar a rehacerse de su desesperación acabó borracha... Pero ¿por qué la mataron a ella...?

—Bueno, en principio el sospechoso número uno parece ser el marido, el sepulturero de la localidad. ¿Qué ha sido de él?

—Al morir mi tía se casó con Joanna, la hija del posadero. Siguen viviendo en una

cabaña que construyeron cerca del bosque. Según me han asegurado, a los

dos les da reparo ir a esa casa donde mi tía murió asesinada... Así pues, desde entonces la casa está vacía.

—Pues yo voy a alquilarla.

—Ya le he alquilado yo —repuso Constance—. He considerado que era lo primero que debía hacer. Lo he tenido sencillo —agregó—. El señor Wammer, el dueño de la casa, suele pasear todas las tardes por aquí. Ayer me lo encontré y cerramos el trato.

—Oiga, ¿ha oído usted hablar de una mujer sólo huesos y piel, de cabellos pelirrojos, que dicen que por las noches sale de su tumba y...?

—No creo en esas cosas —le cortó Constance.

—Pero su tía Lucille aseguraba haberla visto. Quiero indicar con esto —aclaró— que quizá muchos piensen que, de existir esa mujer, pudo ser ella quien matara a su tía.

—¿Por qué iba a hacerlo una mujer que vivió en otra época, sin duda en otro siglo?

Además, ¿desde cuándo los muertos se meten con los vivos?

Antes de alejarse de allí repararon en un pobre y humilde nicho. Allí estaba enterrado el hijo de Lucille Farren.

***

Juntos regresaron a la posada. Era la única que había en la localidad de Mattggerty. Por lo menos la única decorosa. Además, que puesto que el posadero era sin lugar a dudas uno de los protagonistas de aquella historia, convenía no perderle de vista.

Apenas descendieron del coche, vieron en la acera a un pequeño y rechoncho sujeto.

—Oiga, oiga... —el rechoncho personaje fue casi corriendo hacia la muchacha.

—Dígame, señor Wammer.

—Le dije ayer que le alquilaba la casa, pero tendría que esperar a que su antiguo inquilino quitara sus cosas, que aún siguen allí. Pero acabo de hablar con Jack —añadió, sofocado como siempre que hacía calor y corría un poco— y me ha dicho que no quiere saber nada de esa casa ni de lo que contiene. Así pues, señorita Farren, se la alquilo si usted así lo desea desde esta misma noche.

—De acuerdo —aceptó la muchacha sin vacilaciones—. ¿Y las llaves?

—Aquí las tiene —se las entregó. Había de añadir—: Traigo el contrato. No le importará firmármelo, ¿verdad?

—Claro que no.

—El precio será el acordado. Debería cobrarle algo más, pues en definitiva voy a alquilarle la casa amueblada. No obstante, teniendo presente que es usted de la familia de la muerta...

—Gracias, señor Wammer.

—Entremos en la posada —sugirió Reed Pullins, interviniendo—. Y mientras la señorita

Farren le firma el contrato nosotros podemos tomarnos unas cervezas. Yo invito.

—Muy bien, muy bien —aceptó en seguida el señor Wammer.

Pero se trataba, más que de tomarse unas cervezas y de refrescar un tanto la garganta, de empezar a indagar en todo aquello. Así que Reed Pullins tardó poco en preguntar:

—¿Conocía usted a la pobre Lucille..,?

—Sí —asintió el señor Wammer—. Con sinceridad, no comprendo cómo una muchacha tan fina y delicada como ella se pudo casar con un hombre tan rudo y sin modales como Jack. Tenía —añadió— unos preciosos ojos azules... —Y dirigiéndose a Constance—: Muy parecidos a los suyos, señorita Farren.

—¿Qué pudo ganar el asesino...? —inquirió Reed a continuación—. Cuesta imaginarlo.

—¡Y tanto que cuesta! —exclamó el señor Wammer. Y acto seguido —: Este es el contrato, señorita Farren.

Constance se dispuso a firmar. No sin antes, empero, haber leído de

arriba abajo lo que ponía.

—¿Qué conclusión sacó la policía? —preguntó Reed, al margen, al parecer, de aquel contrato y de aquella firma.

—Ninguna —contestó el señor Wammer.

—Lamentable.

—Todas las posibles sospechas se estrellaron ante la falta de móvil. Nadie mata porque sí.

—Supongo. De todos modos, alguien pudo haber visto algo.
—Nadie dijo haber visto nada.

—¿Y usted, señor Wammer? ¿No vio nada? —Y sin esperar respuesta —: Según me ha dicho la señorita Farren, tiene usted la costumbre de salir a pasear todas las tardes y suele hacerlo por el lugar donde se cometió el crimen...

—Estoy muy grueso y el doctor me ha recomendado que ande varias horas al día — dijo—. En efecto, salgo a pasear todas las tardes. Por lo demás, sí, suelo hacerlo por esa zona... Ya sé que es una zona triste; pues está por allí el cementerio... Pero ésa es mi costumbre... No, no vi nada — respondía ahora a la pregunta—. Qué, ¿ya ha firmado, señorita Farren? Estupendo. Todo arreglado.

—Dígame, por favor... —Reed quería seguir con sus preguntas— ¿qué deduce usted de lo que pone en la lápida...?

—¿Qué quiere que deduzca? Lo que todos—. Parecía totalmente convencido de lo que decía—. Lucille estaría borracha cuando la acuchillaron y le dio por escribir eso...

—No sé, no sé.— Reed movió dubitativamente la cabeza—. Esta hipótesis no termina de parecerme adecuada.

—¿Cabe otra?

—Lo ignoro.

—Tenga presente que Lucille se pasaba el día bebiendo. Siendo así, cuando la asesinaron, ya de noche, estaría borracha... Y como usted comprenderá, cuando una persona está borracha no se halla en condiciones de nada coherente...

—Tal vez tenga razón —admitió Reed Pullins—. No obstante, existe un asesino y de momento nadie le ha desenmascarado.

—Eso es cierto. Bueno. —Dio la conversación por concluida—. Debo irme ya. Gracias por la cerveza.

—A usted, señor Wammer, por su compañía.

Cuando se quedaron solos, Constance miró fijamente a Reed Pullins.

—Oiga —dijo pasados unos segundos—, ¿por qué le ha hecho tantas preguntas al señor
Wammer?

—¿Y por qué no iba a hacérselas? —inquirió a su vez el joven novelista.

—Ha parecido que desconfiaba de él.

—¿Y por qué no voy a desconfiar?

—Usted piensa que alguien tiene que ser el culpable y que nadie, por tanto, debe escapar al recelo y a la desconfianza. ¿Me equivoco?

—No.

—Bien mirado —reconoció ella— enfoca el caso del mismo modo que yo. No puedo reprocharle, pues, que se haya extralimitado un poco con el señor Wammer.

—Me alegro que se haga cargo. A propósito, mañana la acompañaré a

la casa. A la hora que usted me diga.

—Gracias, pero pienso ir esta misma noche.

—No se lo recomiendo.

—¿Por qué no?

—No tiene necesidad de hacer alardes de heroicidad. Todo a su debido tiempo, en su justo momento.

—Soy impulsiva por naturaleza, no puedo evitarlo. En consecuencia, iré esta noche. Lo he decidido desde que tengo las llaves en la mano.

—Usted misma.

— Quiero hacerme la ilusión —dijo Constance— de que allí, en la casa, encontraré algo que me lleve a...

—¿A averiguar quién es el asesino? ¿Así, tan sencillo? No se haga ilusiones. Si había algún detalle comprometedor, ya se habrá encargado el asesino de hacerlo desaparecer.

—Es posible que esté en lo cierto. De todos modos, iré esta misma noche y me instalaré allí de un modo definitivo. Definitivo, al menos, mientras no dé con lo que busco.

—¿No tendrá miedo? —preguntó Reed Pullins.

—¿De qué? —quiso saber ella—. ¿Del cementerio? ¿De esa mujer sólo huesos y piel, de cabellera rojiza, que por las noches sale de su tumba...? ¿Del asesino de Lucille...?

—Es una chica valiente —aseguró Reed Pullins—. Le deseo suerte. Yo me quedo aquí, en la posada —agregó—. Si para algo me necesita, ya sabe dónde puede encontrarme.

—Gracias.

—¿Quiere que la acompañe en mi coche? —se ofreció.

—No es necesario. He venido sólo con una pequeña maleta y de aquí a la casa hay poco trecho. Se lo agradezco de todos modos.

—A propósito —se interesó Reed—. ¿Por qué ha leído con tanto cuidado el contrato de alquiler antes de firmarlo?

—Además de impulsiva, soy recelosa... Tampoco esto puedo evitarlo.

—Nos parecemos —aseguró el joven.

# CAPITULO III

Cuando llegó a la casa encontró polvo y telarañas por todas partes. Que nadie había entrado allí hacía mucho era algo que saltaba a la vista.

Ahora estaba ya todo más limpio, más aseado, pero el ambiente lúgubre de la casa seguía allí, pegado a los muebles, a sus paredes, a su techo, a todo. Más aún a aquella avanzada hora de la noche.

Las tinieblas entraban a través de los cristales de las ventanas. La oscuridad del exterior se metía dentro.

Constance había encendido la luz, pero ésta, que pendía de un simple cable, era tan débil, tan apagada, que apenas proporcionaba claridad.

Miró los desvencijados muebles que la rodeaban, los miró una vez más. Sintió verdadera

lástima por su pobre tía Lucille que había ido a parar a un lugar como aquél y que, por si esto fuera poco, allí había vivido una estremecedora tragedia que había acabado con su propia y violenta muerte.

Al llegar, Constance había cerrado bien la puerta, y también las ventanas, así que no sentía miedo de aquella soledad, de aquel aislamiento. Aunque otra muchacha, en análogas circunstancias, sin duda, hubiera sentido que la carne se le ponía de gallina.

Pero de pronto oyó el gruñido característico de unas bisagras mal aceitadas, y se quedó envarada. La puerta del dormitorio se estaba abriendo sola. Despacio, muy despacio.

—¿Quién es...? —preguntó de un modo tonto, pues en realidad estaba convencida de que no era nadie, de que no podía ser nadie.

El gruñido de las bisagras se alargaba, se estiraba, se prolongaba. Como si la persona que impulsara el pomo estuviera encontrando dificultades en su pretensión o como si careciera absolutamente de prisa. Una de las dos.

La puerta terminó deteniéndose. Quedó simplemente entreabierta.

Constance se acercó poco a poco y una vez allí, cogiendo aliento, abrió la puerta del todo. No, no había nadie. Claro que no.

Vio la cama de hierro, alta y fea, y el destartalado armario de tres cuerpos.

Antes había mirado en el interior de dicho armario. Sólo encontró algunos vestidos, pocos, de su pobre tía. El resto estaba vacío.

Si alguien quisiera esconderse, sin duda lo haría allí. No estaría de más, pues, que mirara de nuevo, que se asegurara de que estaba sola en la casa.

No, Constance optó por no hacerlo. Acababa de comprender que se sentía bastante asustada. Bueno, a tanto, quizá, no llegaba la cosa, pero

desde luego no era ya la chica valiente que había llegado allí.

Aquel ambiente lúgubre había acabado metiéndosele dentro, en la sangre, inquietándola y desasosegándola más de lo que hubiera deseado.

Pero hasta entonces, en realidad, no había sucedido nada malo. Sólo una puerta vieja que se había entreabierto sola. Algo sumamente vulgar.

Lo que no fue tan vulgar fue la voz que oyó a sus espaldas, desde un lugar impreciso.

—Enciende una vela —la voz sonaba a ultratumba— y llégate hasta el cementerio... Allí encontrarás... Yo te diré quién asesinó a tu tía Lucille...

Constance se quedó tan tensa como cuerdas de violín. ¿De dónde llegaba esa voz? ¿A quién pertenecía? Un nudo en la garganta le impidió gritar. Una extraña paralización le impidió echar a correr.

Pero era una muchacha valerosa y reaccionó. Otra cosa no hubiera sido digno de ella.

Lo primero que hizo fue buscar a la persona que le había hablado en aquellos términos.

¿Hombre o mujer...? No hubiera podido decirlo. La voz sonó rasposa, sumamente difícil de definir, de identificar.

No obstante, era obvio que alguien se hallaba allí, en su casa, bajo aquel techo. Tenía que encontrarle.

Pero todo resultó inútil, total y absolutamente inútil. Por más que buscó no dio con nadie. Porque no había nadie, de esto pudo convencerse unos minutos después. Lo cierto es que miró, que buscó en todos los sitios, en todos los rincones. Debajo de la cama, dentro del armario de tres cuerpos, hasta en la cocina, incluso en el interior del horno...

No, allí no había nadie. Entonces, esa voz que había oído, ¿de dónde había salido? No encontró explicación posible. Parecía no haberla.

Tras una breve vacilación, se decidió a encender una vela y a hacer lo que la voz le había dicho que hiciera.

De buenas a primeras parecía una auténtica locura acceder a la petición de esa voz... Pero ¿no había ido a esa casa situada junto al cementerio precisamente para averiguar quién asesinó a su tía... Entonces, ¿por qué iba a detenerse...?

Esa voz pertenecía a un ser humano, a un ser vivo. No a un muerto, o una muerta, aunque sonara a ultratumba. Además, que ella no creía en muertos que vuelven del Más Allá.

Así pues, no tenía por qué asustarse más de la cuenta...

Encendió la vela, abrió la puerta y salió al exterior. Entonces se dio cuenta de que la noche, no sólo estaba llena de sombras oscuras y tenebrosas, sino que se hallaba plagada de espesa y húmeda niebla.

Caminó junto a la tapia, hacia la puerta del cementerio. Una puerta que encontró abierta...

Debería estar cerrada.

«Esa persona que me ha citado debe tener la llave», pensó Constance.

Siguió adelante, decidida a dar la cara a aquel inquietante misterio. Sí, inquietante, a pesar de que ella se había armado de valor.

Aunque el valor lo estaba perdiendo a medida que avanzaba. La prueba, que la luz de la vela cada vez temblaba más. Y no sólo temblaba, sino que, ya en el cementerio, alargaba y retorcía y encogía cuánto la rodeaba, cipreses, nichos, tumbas, cruces e inscripciones...

Aún no había recorrido veinte metros, cuando a sus oídos llegó un ruido extraño, indefinible. Pero un ruido que alguien hacía cerca de allí, muy cerca.

Se volvió hacia ese lugar. Los latidos de su corazón habían duplicado su ritmo normal. Entonces vio cómo la losa de una tumba se movía, se alzaba, se apartaba del lugar que

le correspondía, apareciendo un negro y lúgubre agujero. De donde surgió una mujer. Una mujer que sólo era huesos y piel, de cabellera rojiza como una llamarada. Iba vestida
con velos desgarrados.

Constance pensó que aquello no podía ser cierto. Pero ¿cómo no iba a serlo si lo estaba viendo con sus propios ojos?

Comprendiéndolo así, el terror se apoderó de ella sintiendo un escalofrío helado en el corazón. Después, ese terror se hizo una bola dentro de ella, una bola que se fue dilatando, dilatando, amenazando con hacer estallar todo su cuerpo.

—No, no... —jadeó, retrocediendo.

La vela retrocedió en su mano, agitando las sombras de la noche del modo más siniestro.

—Yo puedo decirte quién mató a tu tía Lucille —llegó a sus oídos la voz de la mujer. La misma voz de ultratumba que había oído en la casa unos minutos, antes—. Pero, por

favor, no me tengas miedo... No voy a hacerte daño... Tampoco se lo hice a tu tía...

—Entonces, ¿es cierto? —balbuceó Constance con los ojos redondos como platos —. ¿Es cierto que existes...?

—No existo —dijo la mujer de cabellos pelirrojos—. Estoy muerta. Fallecí hace más de cincuenta años... Pero he aprendido a escapar de mi tumba por las noches.

—Si te mueves, si respiras, es que no estás muerta. —Pero Constance apenas conseguía balbucear, se sentía a punto de perder el conocimiento.

¡Cómo no iba a perderlo, si la muerta, o la resucitada, era un hecho real, auténtico! Resultaba una aparición horrible. Una aparición que la oscuridad y la niebla contribuían
a que cobrara perfiles enloquecedores.

—¿No quieres saber quién mató a tu tía Lucille?

—Sí, sí... —con las rodillas temblorosas, a punto de doblárseles, Constance asintió.

Por lo demás, apenas podía mantener la vela en la mano. La llama oscilaba constantemente.

—Pues voy a decírtelo... —pero la voz de ultratumba se detuvo—. No, vale más que lo averigües tú... Pero yo te daré una buena pista... En realidad, con esto te bastará... —y añadió—: Habla con Bill Diamond...

Constance hubiera deseado encontrar fuerzas dentro de sí misma para, en lugar de ir retrocediendo de aquella tumba, y de aquella aparición, ir avanzando... Entonces hubiera podido ver bien, de cerca, a la mujer pelirroja que había muerto hacía más de cincuenta años, pero que, por lo que podía ver bien, seguía respirando... Esa misma mujer que, a juzgar por los comentarios de unos y otros, también fue vista en cierta ocasión por su tía Lucille...

Pero Constance estaba tan llena de miedo, que ni sabía cómo se encontraba aún de pie. Lo lógico sería que se hubiera ya desvanecido.

—¿Bill Diamond...? —inquirió, y temblaba tanto que la vela estuvo a punto de apagársele.

—El hermano de Harry, el que se ahorcó...

No dijo nada más.

Se oían unas pisadas. Alguien se acercaba. Y no quiso, por lo visto, que nadie pudiera encontrarlas juntas.

Dio media vuelta y desapareció entre las tumbas. Desapareció como quien nunca ha existido.

Constance se quedó temblando, con la respiración entrecortada: blanca, pálida y lívida corno un cadáver. Sentía que la cabeza se le iba, que una angustia enorme le atenazaba, que
las rodillas se le doblaban.

Vio aparecer una silueta alta, muy alta. ¿Otro muerto que había

aprendido a huir de su recinto mortuorio y salía a vagar por allí?

Constance no hubiera podido decirlo. No llegó a tiempo de mirarle a la cara. Se desvaneció. La vela cayó al suelo y se apagó.

Pero la silueta alta, muy alta, llegó a tiempo de cogerla entre sus brazos.

Se trataba de Reed Pullins.

***

Cuando Constance volvió en sí, le vio solícitamente inclinado hacia ella. Respiró aliviada. Después de lo que le había sucedido, abrir los ojos y encontrarse con el joven novelista era lo mejor con que podía haber soñado.

—Se ha desmayado —dijo él.

—Y usted me ha traído hasta aquí —le agradeció la muchacha al ver que ya no estaba en el cementerio, sino en la casa, echada en el sofá, con un cojín debajo de la cabeza.

—No pesa mucho —dijo Reed.

—¡Si supiera lo que me ha pasado! —exclamó ella—. ¡Ha sido todo tan espantoso, tan escalofriante! En toda mi vida podré olvidarlo.

—Espero que me lo explique.

—Explíqueme antes cómo es que está usted aquí. Debería estar en la posada, ¿no?

—La dejé venir sola para que los acontecimientos siguieran su curso normal —repuso Reed—. Pero no quise perderla de vista por si acaso. Por eso vine, y al no encontrarla en la casa, he supuesto que estaría en el cementerio...

—Viniendo ha tenido una gran idea —fue ella quien sonrió en esos momentos.

—¡Qué va!

—Cuénteme.

Ya sentada en el sofá, Constance se lo refirió todo. Desde la voz que había oído en la casa, hasta la aparición de la muerta tras haberse movido la losa...

—Y la muerta le ha hablado. Me ha dicho esto, ¿verdad? —preguntó Reed Pullins cuando ella concluyó con aquel espeluznante episodio.

—Primero me ha hablado aquí, en esta casa —asintió la muchacha— diciéndome que encendiera una vela y fuera al cementerio. Después me ha hablado allí, donde usted me ha encontrado...

—¿Y allí, en el cementerio, le ha dicho que vaya en busca de Bill Diamond?

—Sí.

—Asegurándole que ésa es una buena pista para averiguar quién asesinó a su tía Lucille.

—Exactamente.

—Después, la muerta, al oír que yo llegaba, ha desaparecido.

—Sí, sí.

—Bueno —resumió Reed Pullins—. En principio debo reconocer que ha sido usted muy valiente. Ir sola a un cementerio, de noche...

—He lamentado cien veces mi valentía, puede creerme. Por lo demás, a no ser por usted, no sé qué hubiera sido de mí. Aunque la muerta no parecía peligrosa —admitió—. Más

parecía

querer
ayudarme.

—A propósito, yo tenía entendido que usted no creía en muertos que vuelven a este mundo.

—No creía —aceptó la muchacha—, pero después de esto, me veo obligada a...

—¿A qué? —preguntó.

—A replantearme la cuestión repuso Constance tras una pausa—. Comprendo que resulta absurdo, ridículo, aceptar que... ¡Pero la he visto! ¡Le aseguro que la he visto!

—Y yo la creo.

—Menos mal —había respirado hondo, tras haber temido que el joven pudiera creer que estaba mal de la cabeza

—Pero debemos averiguar qué es exactamente lo que ha visto —dijo Reed—. No podemos afirmar que sea una muerta... Ella ha dicho que lo es, pero sólo tenemos su

palabra......Parece
poca cosa,
¿no cree?

—Dicho así.. —vaciló Constance. Y añadió—: Por su tono ya me doy cuenta. Es usted el que no cree en muertos que salen de sus tumbas.

—Yo pienso, que si oyó esa voz dentro de esta casa, cuando en realidad aquí no
encontró a nadie, es que esa persona tiene la llave de la puerta, pudiendo, pues, entrar y salir a su comodidad... Como tiene la llave de la puerta del cementerio, por lo que asimismo el acceso a aquel recinto tampoco le ofrece dificultades... Todo esto contando con que esa persona no esté tan muerta como ella dice...

—¡Ah!

—Hemos de ahondar en el caso —puntualizó el joven novelista luego de haber reflexionado un poco—. Y para eso será preciso hablar con ese tal Bill Diamond, claro que sí. Además que si así nos lo recomienda la presunta muerta, ¿por qué no hacerle caso? También
—agregó— buscaremos el diálogo con otras personas. Con Elisabeth Maxell, que años atrás atendiera a su tía Lucille en el momento del parto... Tampoco nos olvidaremos de Jack, el sepulturero, y de su actual esposa, Joanna... Por descontado, conversaremos también con el posadero... Para finalizar —concluyó— volveremos a hablar con el señor Wammer, el dueño de esta casa...

—¿Y cree qué sacaremos algo en claro con esto? —preguntó Constance, no muy convencida.

— Supongo que sí. Pero antes hemos de hablar usted y yo.

—Lo que usted diga.

—Debe saber, Constance, que de momento para mí sólo está clara una cosa. Si su tía Lucille no supo si la había acuchillado un hombre o una mujer, eso significa que el asesino iba encapuchado. De ello, sin duda, que sólo pudiera ver sus ojos, percatándose de que los tenía de distinto color... A menos —aceptó Reed Pullins— que admitamos ya de buenas a primeras que su tía Lucille estuviera borracha una vez más.

—No lo creo —dijo Constance. Y añadió—: Cuando me escribía, siempre estaba lúcida. Si hubiera conservado sus cartas, se las mostraría. Se daría cuenta de que se expresaba de forma absolutamente clara y coherente. Enfocada así la cuestión, ¿por qué suponer que necesariamente tenía que estar bebida cuando la atacaron?

—Sí, claro —asintió él.

—Quiso que escribieran eso en la lápida, me consta, dando por seguro que yo, antes o después, iría a llevarle flores.. Y dando por seguro que al leer lo que pone, partiría de ahí de esa pista, y no cejaría hasta encontrar al culpable.

—¿Quería usted mucho a su tía? —preguntó

—Muchísimo—. Y le hizo saber—: Crecimos juntas. Cuando perdió a sus padres, el mío, que era el mayor de sus hermanos, se la llevó entonces con nosotros. Mi padre la quería tanto, que yo a veces creía que la mimaba más que mí. Pero no estaba celosa, en absoluto, todos nos llevábamos muy bien. Por eso me extrañó...

—¿Qué es lo que la extrañó?

—Que no fuera al entierro de mi padre. Escribió diciendo que se había encontrado enferma, con mucha fiebre, y que había resultado imposible acudir. Pero ¿y por qué no vino después? ¿Y por qué no había venido antes? Eran ya muchos años sin vernos. Empecé a hacerme preguntas... A las que desgraciadamente he encontrado respuesta al venir aquí y enterarme de todo lo sucedido.

—Entonces, usted parte de que su tía sabía lo que escribía en aquel papel, en sus últimos momentos...

—Sí —afirmó ella.

—Pues yo también. Así que voy a investigar al margen de esa aparición, al margen de esa muerta...

—¿Qué opina de ella en realidad? —le preguntó Constance, mirando al joven novelista con atención—.Dígamelo, por favor.

—No puedo decírselo, no lo sé —Era totalmente sincero—. De todos modos, sepa que no me olvido de que su tía fue la primera que la vio salir de la tumba, de eso hace ya años... Pero yo prefiero entendérmelas con los vivos que con los muertos, así creo que voy a empezar por las personas a las que antes me he referido.

—Le quedaré muy agradecida. Lo cierto es que yo sola ya no me veo capaz de seguir adelante. No soy tan decidida ni tan fuerte como me creía.

—La ayudaré encantado.

—Gracias.

Habían quedado mirándose a los ojos. En ese momento eran sólo un hombre y una mujer. Un hombre y una mujer que se habían gustado.

Y precisamente por eso no resistieron la tentación y acabaron besándose. Un beso largo, profundo.

Sin embargo, de pronto, surgió el alarido... Un terrible y sobrecogedor alarido.

# CAPÍTULO IV

El pequeño y rechoncho señor Wammer había visto que alguien se le acercaba. A través de la oscuridad y de la niebla.

¿Quién sería? La curiosidad le hizo detenerse a medio camino y esperar.

Nunca estaba fuera de su casa a horas tan avanzadas. Siempre regresaba mucho antes, a su esposa y a sus hijos no les gustaba que les hiciera esperar para la cena.

Pero aquella noche se le había hecho tarde. Sin darse cuenta le había pasado el tiempo. Pensando y dándole vueltas a algo en lo que hasta entonces no había caído, a algo relacionado con Lucille Farren...

Alguien seguía acercándose. Ya estaba allí.

—Buenas noches, señor Wammer — El saludo había surgido con simpatía y naturalidad. Pero el aludido no necesitó más para saber que estaba ante un grave peligro. ¿Peligro de muerte...? Sí, de muerte, lo hubiera jurado.

—Buenas noches —respondió, consiguiendo controlar su desigual respiración.

—Hace días que no nos veíamos...

—Sí, es cierto —corroboró, intentando disimular toda la agitación que sentía.

Que era mucha. Sin duda demasiada. De ello el sofoco que le dio. Un sofoco que le hizo ponerse a sudar como cuando corría.

Ahora hubiera querido correr, pero estaba muy gordo y bastante torpe, y pensó que ésa no era una solución. ¿O acaso sí. No sabía qué hacer.

En eso, sin poder controlarse, se puso a temblar de los pies a la cabeza.

Acababa de ver cómo la persona que tan amablemente le había saludado unos instantes antes sacaba la mano del bolsillo. Al aparecer la mano surgió un afilado cuchillo.

—¿Qué..., qué significa esto...? —inquirió el señor Wammer balbuceando y gimiendo a un mismo tiempo.

—Significa que usted está sospechando de mi. Aquella noche vio a alguien y ha sacado la conclusión de que debía ser yo...

—No, no —se apresuró a hacer constar—. De eso ni hablar. Para mí es usted una excelente persona, se lo aseguro.

El miedo, el pánico habían congelado la médula de sus huesos. E incapaz de reaccionar fue testigo del movimiento que hizo el afilado cuchillo, alzándose imperiosamente en el aire presto a descargar el golpe que, evidentemente, pretendía que fuera mortal. Mortal de necesidad.

Fue entonces, al verse ya irremisiblemente perdido, cuando lanzó aquel terrible y sobrecogedor alarido.

Pero, claro, ya era tarde.

Había reaccionado cuando hacerlo ya no iba a servirle de nada.

Sintió un dolor incisivo, terrible, atroz, en el pecho. Más hacia la izquierda. Más hacia el corazón.

Hacia allí dirigió su espantada mirada, viéndose la camisa con una gran mancha roja.

La mano asesina recuperó el cuchillo. No quiso por lo visto dejárselo clavado. ¿Tal vez porque sabía que iba a necesitarlo de nuevo?

El señor Wammer se tambaleó.

El asesino pudo asestar un segundo golpe. Estaba en óptimas condiciones de hacerlo. Pero no, renunció a ello. Decidió huir y así lo hizo. Daba por descontado que su víctima

moriría. Ni dos pasos seguidos podría dar.

Dio uno, hacia adelante. Luego cayó de rodillas. Y así se quedó un rato.

¿Pidiendo implacable y cruel castigo para su asesino o pidiendo al cielo generosidad y perdón para sus propios pecados?

Finalmente se desplomó. Pero aún vivía...

Por lo que pudo ver cómo se abría la puerta de la casa situada junto a la tapia del cementerio. Y pudo ver, asimismo, cómo salía Constance, la sobrina de Lucille Farren, y aquel joven alto y delgado, fuerte, al que conociera unas horas antes, el cual le invitó amablemente a tomar una cerveza, si bien le hizo, quizá, excesivas preguntas.

Poco después, Reed Pullins llegó corriendo hasta donde estaba la víctima.

—¿Quién ha sido? —inquirió—. ¿Quién...?

El señor Wammer quiso contestar, pero no pudo.

En lugar de palabras salió de su garganta un gemido ronco y quebrado que, por lo demás, se quedó a medias.

La muerte le había llevado inexorablemente a su tenebroso reino.

***

—Constance llegó pocos segundos después, ahogando un grito de horror, de espanto, al ver que el señor Wammer había sido asesinado.

Ya para entonces, Reed miraba en una dirección. Sólo en una. Hacia el bosque, donde sabía que se hallaba la cabaña en la cual vivía Jack y su esposa.

—Me dan tentaciones de ir ahora mismo —murmuró.

—Ir, ¿adónde? —preguntó la muchacha.

Se lo dijo.

A Constance no le gustó la idea. La noche era demasiado oscura, había demasiada niebla, y en cualquier momento podía surgir lo imprevisto, lo inesperado. Sólo de pensarlo se estremeció.

Pero no quiso poner trabas a lo que Reed acababa de exponer, así que, tras un leve carraspeo, dijo:

—Si usted va, yo le acompaño.

—Pues no se hable más.

Tardaron poco en encontrar la cabaña. Pero durante aquel tiempo, la

muchacha se pegó en más de una ocasión al joven alto y atlético que iba a su lado. Cada vez que sonaba un ruido,
el miedo se le metía dentro. Se le metía tan dentro que la atravesaba.

Ya cerca de la cabaña, pudieron constatar que una de las ventanas era un rectángulo iluminado.

—Tienen la luz encendida —dijo Reed—. Aún no se han acostado. Lo que me imaginaba.

—Lo dice como si sospechara de ellos, ¿verdad? —inquirió Constance, que había captado
un tono especial en la voz masculina.

—Es posible —se limitó a decir Reed Pullins.

Ya ante la puerta, llamó con los nudillos, más bien con el puño. No se anduvo con florituras.

Pensaba que, de ser Jack el asesino, algo en su expresión sin duda le traicionaría. Por lo menos había muchas posibilidades de ello.

Abrió Joanna. Una Joanna ya con treinta y tantos años, que corno siempre resultaba más
fea que guapa.

—Buenas noches, ¿qué desean...?

Pero Jack estaba por allí cerca y viendo a Constance se adelantó hacia la puerta. Tomó la palabra.

—Pueden pasar —dijo. Luego, mirando a la muchacha a la que había reconocido—:
¿Qué tal, Constance?

—Vengo acompañada del señor Pullins —repuso ella—. Desea hacerles unas preguntas.

—Es una hora un tanto inoportuna para hacerlas —observó Reed—. Les ruego que nos disculpen.

—No se preocupen —intercaló Joanna, pero no de demasiada buena gana, en realidad torciendo el gesto.

Jack por su parte, que seguía siendo el hombre rudo y sin modales, quiso en esta ocasión, empero, parecer mejor a la niña que conoció unos años atrás en Londres, que ahora era ya, estaba a la vista, una encantadora muchacha.

—Siéntense, por favor.

Les había ofrecido asiento en aquella primera pieza de la cabaña, donde todo era tosco y rudo, sin refinamientos, como su propietario.

—Veníamos a hablarle de Lucille, de su muerte —repuso Reed, y no quitaba su escrutadora mirada del rostro de Jack, en el que no veía, tenía que reconocerlo, ninguna expresión sospechosa.

—Me hago cargo —dijo Jack. Y volviéndose hacia la muchacha—: ¿Qué deseas saber, Constance? —Pero amplió, mirando también a Reed—: ¿Qué desean saber...?

—Ante todo, lo que opina usted de lo que pone en la lápida...

—Pone, exactamente —repuso Jack—, lo que ella quiso que se pusiera. Me hubiera parecido muy feo desatender su petición. Su extraña petición—puntualizó—, puesto que lo que escribió no tiene el menor sentido...

—¿Está seguro? —sonó la voz de Constance.

—Claro que estoy seguro. Pero, en fin, yo respeté su deseo y en la lápida pone eso... Hacía muchos años ya que no vivíamos juntos —añadió —. En realidad nunca nos habíamos entendido bien. Sin embargo, desde que sucedió lo del niño sentí una gran piedad por ella, debo reconocerlo...

—A pesar de tu piedad —intercaló Joanna con tono socarrón— no la

ayudaste económicamente y ella tuvo que ponerse a mendigar.

—Mendigaba para beber, para emborracharse —se justificó Jack—. Además, ¿por qué me reprochas ahora que procediera así? Tú me prohibiste cien veces que la ayudara.

—¡Ahora la culpable seré yo! —exclamó Joanna, malhumorada.

—¡He dicho la verdad'. —barbotó Jack—. Como verdad es que Lucille siempre se lamentó de tener enterrado a su hijo en un nicho tan pobre... Por eso, cuando Lucille murió, compré para ella una tumba decente... Sin duda ya la ha visto usted...

—Sí, la he visto —dijo Constance.

—¡No pierdes ocasión de alardear de lo poco bueno que has hecho! —exclamó Joanna.

Reed Pullins comprendió que la pareja no se llevaba bien. Por los motivos que fueran. Pero eso era cosa de ellos.

El iba a limitarse a seguir preguntando.

—Usted, como sepulturero de la localidad de Mattggerty, debe tener una llave de la puerta del cementerio.

—En efecto —asintió Jack.

—¿Y alguien que no sea usted tiene acceso a esa llave?

—Sí, sí —volvió a asentir—. Cualquiera que entre aquí puede cogerla si quiere. Es ésa... —Se la señaló, estaba colgada de un clavo, en una de las paredes.

—Esta noche la puerta del cementerio estaba abierta. ¿Ha sido usted quién la ha dejado así?

—No —la respuesta fue categórica—. La he dejado cerrada. Sólo la dejaba abierta antes, en algunas ocasiones— agregó. Y no le importó puntualizar—: Me refiero a cuando, recién casado con Lucille, quise quitarle el miedo que tenía a los muertos.

—La hacía levantar a medianoche, coger una vela y dar una vuelta por el cementerio, entérense ustedes —dijo Joanna—. Así quería curarla de su miedo. ¡Se habrá visto!

—Creía que ese sistema surtiría efecto —repuso Jack—, No, no fue así. Lucille no cambió. Supongo que era demasiado fina y delicada para mí.

—No le quepa la menor duda —sonó de nuevo la voz de Constance.

—Dígame ahora, ¿qué opina del señor Wammer?

Ante la nueva pregunta de Reed Pullins, nada se alteró en la expresión de Jack. Nada en absoluto.

—Es una buena persona —fue la respuesta.

—Que debe tener enemigos como todo el mundo, ¿no cree usted?

—No me imagino teniendo enemigos a un hombre tan cordial como el señor Wammer. Reed se lo soltó a bocajarro.

—Pues acaban de asesinarle.

***

Sin pérdida de tiempo dieron parte a la policía. Por lo que intervino el inspector Derr, un hombre que no parecía estar acostumbrado a las malas papeletas.

No obstante, a pesar de lo avanzado de la noche, decidió ir a la posada en busca de posible información. Pero el inspector Derr nada pudo esclarecer y terminó diciendo que ya era muy tarde. Poco después se retiraba.

Por lo que respecta a Constance, se quedó a dormir en la posada, en una habitación lindante a la de Reed Pullins. Después de lo sucedido no se hubiera alejado del joven por nada del mundo.

Reed, por su parte, antes de acostarse, aprovechó la ocasión y las circunstancias para dialogar con el posadero.

—No sé, no sé... —comentó, para iniciar de alguna manera la charla —. Me parece que el inspector Derr no enfoca bien el caso.

—¿Cómo lo enfocaría usted? —le preguntó el posadero.

—Yo creo —dijo Reed—que el asesino de Lucille Farren y el del señor Wammer son

una misma persona. Así pues, el caso habría de enfocarlo... —no terminó la frase. Sin embargo dijo—: Si yo pudiera saber ciertas cosas...

—¿Qué cosas?' —quiso saber el posadero. Y añadió—: Si yo puedo facilitarle algún dato, ya lo sabe.

El posadero era, como siempre, todo amabilidad y solicitud.

—Sí puede facilitarme algún dato, y más que alguno —dijo Reed—. Por lo menos así quiero creerlo.

—Estoy a su disposición.

¿Esperaba una buena propina?. Al menos era ésta la primera impresión que se sacaba.

—Dígame quién cree usted que pudo matar a Lucille Farren...

—Ni idea —respondió.

—¿Qué me dice de Jack, actualmente su yerno...? —inquirió—. Por favor, no interprete mal mi pregunta. Pero para llegar al fondo de toda esta cuestión...

El rostro del posadero se había puesto serio. Su gesto de solicitud, de amabilidad había desaparecido.

—Jack no es bueno —repuso—. Por eso se portó tan mal con su esposa Lucille. Por eso se llevó a Joanna, mi hija, a vivir con él, llenándome a mí de vergüenza. Pero Jack no es capaz de matar a nadie, de eso estoy convencido.

—No lo pongo en duda —aclaró Reed Pullins.

—¡Ah! —exclamó el posadero, y respiró aliviado, volviendo a mostrar en su cara ese gesto amable y solícito que era proverbial en él. Acto seguido, el posadero añadió—: Si Joanna es su esposa, es porque yo les obligué a casarse. Al morir Lucille les dije que debían legalizar su situación, pero Jack no deseaba hacerlo y yo no tuve otro remedio que amenazarle. O se casaban o sería capaz de...

—¿De qué? —preguntó Reed.

—¡De cualquier disparate gordo! —exclamó—. Bueno, esto es lo que les dije... Aunque con sinceridad, yo no me veo protagonizando ningún disparate de ésos. Pero lo dije, sí señor. Hágase cargo, Joanna es mi única hija...

—En cuanto a Bill Diamond... —empezó a decir Reed.

—Bill no soporta su defecto físico —había dejado con gusto de hablar de Jack y de su hija—. Lo contrario de su hermano Harry, que era un muchacho todo resignación. Pero Harry no tuvo suerte y sucedió aquella tragedia. Se ahorcó, ¿lo sabía usted?

—Sí.

—Bill se encoleriza a menudo, incluso con su madre. Dice que le regatea el dinero, que está harto de tanta tacañería. En más de una ocasión ha amenazado con marcharse de su casa y desenvolverse por sí mismo en cualquier otra parte. Pero, ¿adónde va a ir y cómo va a poder ganarse la vida un pobre jorobado como él? La señora Diamond, a pesar de sus amenazas,

sigue soltando el dinero a cuentagotas. Yo personalmente opino que su cuenta corriente debe estar algo floja y que se lo escatima para que dure más.

—Es posible. A propósito —y se lo preguntó de pronto—: ¿De qué color tiene los ojos Bill Diamond?

—Pardos, me parece —contestó el posadero—. ¿A qué viene esto, señor? ¿Acaso a lo que pone la lápida...?

Y volvió a ponerse serio.

—Más o menos —admitió Reed.

—Pues sí, los tiene de color pardo.

—Como usted.

—Sí, sí... —asintió.

—¿Y de qué color los tiene Elisabeth Maxell? Me refiero a la señora que atendió a Lucille Farren en el parto.

—Pues..., pues... —vaciló el posadero—. Los tiene oscuros. Pero, ¿adónde quiere ir a parar?

Antes de responder, Reed Pullins recordó que había reparado en los ojos de Jack y de Joanna.

Jack los tenia de un tono gris plomizo y Joanna de color violáceo. Desde luego, los ojos eran lo más bonito que tenía Joanna.

—Quiero ir a parar —respondió Reed Pullins— a lo que usted ha indicado antes, a esa lápida...

—Esa inscripción no tiene sentido —dijo el posadero—. No comprendo como Jack permitió que...

—Se trataba del último deseo de su esposa —le recordó el joven.

—Sí, eso sí —admitió—. Pero convenga conmigo en que resulta absurdo acercarse a la lápida y leer eso... Lo repito, no tiene sentido.

Reed apostilló:

—Podría tenerlo.

# CAPITULO V

Reed Pullins Se levantó temprano y se dispuso a moverse por su cuenta. Mientras tanto el inspector Derr haría lo suyo. Lo uno no quitaba lo otro.

Le rogó al posadero, al que vio en la calle limpiando su viejo coche y al que encontró más amable y solícito que nunca debido al par de billetes que le dio la noche antes al
finalizar la conversación que mantuvieron, que le dijera a Constance, así que se levantara, que
él no tardaría en regresar. Que le esperara en la posada. Almorzarían juntos.

Ya tranquilo a este respecto, abrió la portezuela de su coche, se puso al volante y se dirigió hacia la casa donde vivía Bill Diamond. Ya se había informado, así que ya sabía dónde se hallaba ubicada.

Al llegar, pudo darse cuenta perfectamente de que se trataba, en efecto, de una de las mejores casas de la zona.

Se apeó del coche y se acercó a la puerta principal. Estaba dispuesto a llamar. Lo que pretendía llevar a cabo no podía hacerlo más que dando la cara, y yendo directamente al asunto.

Pero antes de llegar a la puerta, ésta se abrió. Vio salir a Bill Diamond.

No le conocía,
pero supuso que se trataba de él. Era aquél un joven jorobado. Bastaba y sobraba para su identificación.

Salió acompañado de una señora de unos sesenta años.

En su juventud debió tener inestimables encantos. Iba muy bien vestida y además llevaba varias joyas.

—Venga siempre que guste, señora Maxell —le oyó decir a Bill—. Su compañía siempre nos complace.

Reed clavó su analítica y escrutadora mirada en Elisabeth Maxell, la mujer que había asistido a Lucille durante el parto. Puesto a analizar a todos y cada uno de los que cabía sospechar, ella no podía quedar al margen.

Cuando Bill y la tal señora se separaron, el joven se acercó aún más a la puerta de la
casa.

Bill reparó en su presencia y le miró de forma interrogativa:

—Desearía hablar con usted, señor Diamond —le dijo —. Un par de minutos, si no es pedirle demasiado.

—¿Quién es usted? —preguntó el interpelado no de demasiado buen talante.

—Mi nombre es Reed... Reed Pullins. —Y considerándolo necesario, improvisó—: Mi prometida, la señorita Farren, la sobrina de Lucille Farren...

—Comprendo —le había interrumpido—. Viene a indagar en nombre de la familia. Pues diríjase al inspector Derr.

—Si a usted no le importa, la verdad es que prefiero dirigirme a usted.

—Los líos no me gustan.

—No es mi intención proporcionárselos. Pero quizá usted pudiera facilitarme el camino a recorrer, en cuyo caso...

—Yo no sé quién mató a Lucille, si es esto lo que le interesa saber. —No le había dejado acabar—. Ni sé tampoco quién ha podido acabar con la vida del señor Wammer.

—¿Por qué relaciona ambas muertes? —preguntó Reed—, ¿Acaso supone que hay algo que ver entre ambas?

—Sí, lo supongo —asintió—. Pero no sé nada, se lo aseguro. Así que no puedo ayudarle en ningún sentido,

—Tal vez me ayudaría si me hablara de su hermano Harry.

—¿Qué voy a decirle de Harry que usted no haya oído ya? —El tono de su voz era duro, cortante—. Fue el involuntario causante de aquella tragedia, y al ver al niño muerto, quemado, no pudo soportar la desesperación de Lucille, ni la suya propia, y se ahorcó.

—Tengo entendido que Harry estaba enamorado de Lucille.

—Sí, lo estaba —asintió. Y Bill Diamond había de añadir sin necesidad de que nadie le presionara en ningún sentido—: Yo también.

—¿Usted también...? —esto no se lo esperaba.

—Sí, yo también —afirmó Bill Diamond—. Y se lo digo antes de que se lo digan los demás. No quiero que al enterarse, por otro que no sea yo, se vuelva suspicaz... Eso le haría
recelar de mí y perder el tiempo.

—Tras esa sincera confesión por su parte, hay algo que no entiendo. Permítame que se lo haga saber así.

—¿A qué se refiere?

—Si usted amaba a Lucille, y si usted es rico, ¿cómo es que ella tuvo que acabar mendigando? Lo lógico hubiera sido...

—Que a Lucille nada le faltara —concluyó Bill Diamond—. Sí, estoy de acuerdo con usted. Yo debiera haberle facilitado, no sólo por mí sino por Harry el dinero suficiente para que
no se viera obligada a extender la mano... Pero mi madre, que es la que maneja el dinero, no lo creía así. En conclusión —el tono duro, cortante, se hizo aún más acusado— tuve que
resignarme con darle algo, pero siempre poco, muy poco, cuando podía hacerlo.

—¿No le confesó nunca que la amaba? —preguntó Reed.

—Nunca me atreví a hacerlo.

—Quizá fue un error —apuntó Reed Pullins.

—Es posible —se limitó a decir.

—Tal vez, sabiéndose sinceramente querida por alguien, hubiera encontrado fuerzas de flaqueza para dejar de beber y ver de encauzar mejor su vida.

—Si yo no fuera físicamente como soy... En fin, ya está hecho. Ya no sirve de nada lamentarse. Pero él que no tiene perdón de Dios —Bill Diamond rechinó los dientes— es Jack, su marido, el sepulturero de Mattggerty.

—La dejó sola, sola con su dolor y su desgracia, ¿no es eso? Por lo que me han contado...

—En efecto, no sintió la menor piedad por ella y la dejó que se fuera hundiendo. Pero la culpa fue aún más de Joanna que de él, me consta —aclaró—. Joanna es todo un bicho.

—Creo que el matrimonio no se lleva bien, ¿verdad?

—El padre de ella, el posadero, les ha obligado a casarse. Pero se

unen mal, hace ya mucho que han dejado de quererse, si es que se quisieron alguna vez.

—Dígame, por favor —Reed no quiso dejar de tocar ninguna cuerda —, ¿es una buena persona Elisabeth Maxell?

—Por tal la tengo.

—¿Qué puede decirme de ella? Para que la conozca un poco mejor y pueda dirigirme a su casa sin sentirme demasiado violento...

Pero Reed Pullins se conocía a sí mismo y sabía que era un hombre que nunca se sentía violento ante nada. Y desde luego estaba dispuesto a demostrarlo. Como fuera, con ayuda o sin ayuda, llegaría al final de aquel caso.

—De joven era muy atractiva, por lo menos así lo asegura mi madre. A los dieciocho años ya trabajaba en un teatro de revista, como corista, esperando su oportunidad. Una

oportunidad que tardó mucho en llegar, más de diez años, pero que llegó cuando la *vedette* de la revista cogió una pulmonía y tuvo que guardar cama durante varios días. Ella le reemplazó y la verdad es que gustó al público. Fue entonces cuando mi madre la conoció. Pero la *vedette* se puso buena y volvió a su trabajo, y ella, Elisabeth Maxell, prácticamente aún una desconocida, se vio obligada a reintegrarse a su puesto de antes. Esto le supo a acíbar. Tanto es así, que aborreció de pronto cuanto le rodeaba, hasta el extremo de que por huir de allí, de aquel escenario, de aquellas candilejas, de aquel querer y no poder, se casó con el primero que se lo pidió.

—¿Y no fue feliz? —preguntó Reed.

—No demasiado. Pero su marido murió unos años después y le dejó el dinero suficiente para que pudiera vivir sin trabajar el resto de su vida. Para ella, después de su azarosa juventud, eso significaba mucho. Así que se vino a Mattggerty y compró una casa de planta baja con un pequeño jardín. Cuando Lucille fue a tener el hijo —agregó Bill Diamond— ella le atendió. Se suele compadecer por la gente que pasa malos momentos, quizá porque ella también los pasó.

En aquel momento apareció la señora Diamond en el umbral de la puerta de la hermosa casa. Alta, erguida, daba la sensación de querer hacer constar de antemano que su categoría
era superior a la de cualquier otra persona que
pudiera estar ante ella.

—Bill... —pronunció el nombre de su hijo con un poco de demasiada autoridad.

—Estoy hablando con el señor Pullins —contestó Bill, volviéndose hacia ella —. Me está haciendo unas preguntas.

—¿Qué clase de preguntas? —quiso saber, y se acercó a ellos. Por su reacción no le gustaba que su hijo se desenvolviera por sí mismo en ningún sentido.

—Referentes a Lucille Farren —le informó Reed. Y repitió—: Soy el prometido de su sobrina, y deseamos saber, referente a su muerte...

—Mi hijo no sabe nada ni yo tampoco —le cortó la señora Diamond con acritud.

—Si, claro, ya me hago cargo —asintió Reed—. De haber sabido algo, ya se lo habrían dicho al inspector Derr. No obstante...

—No obstante, ¿qué? —inquirió la señora Diamond, y su acritud seguía siendo la misma.

—Puede disgustarle la idea de remover el asunto, de ello que, quizá, de un modo inconsciente, haya usted omitido...

—¿Cómo se atreve? —se indignó la señora Diamond, interrumpiéndole, y esta vez alzando el tono—. ¿Cómo se atreve a decir que yo...?

—Mamá, por favor —intervino Bill—. El señor Pullins no ha querido

molestarte. Sólo apunta la posibilidad de que, sin darte cuenta, hayas podido tal vez.,.

—¡Basta! —la señora Diamond se había excitado—. ¡No quiero seguir hablando de esto!

¡Ni de nada que se refiera a Lucille Farren! —Y exclamó a continuación—: ¡En mala hora vino a vivir aquí! ¡En mala hora!

—Sobre todo para ella —observó Reed—. No fue feliz con su marido, perdió trágicamente a su hijo y como colofón fue asesinada...

—Sé de sobra lo que sucedió —dijo la señora Diamond—. No hace falta que me lo recuerde. Todos y cada uno de esos acontecimientos se me han clavado dentro, como un tormento, como una maldición.

—¿Sí? —inquirió, quedando a la espera de que siguiera hablando.

—¡Sí! ¡Sí! —hizo esfuerzos por no gritar—. ¡Porque mi hijo Harry estaba enamorado de ella y yo lo sabía, como lo sabían todos en la localidad! ¡Y también sabía que ese amor le hacía sentirse desgraciado! Por lo demás, fue terrible lo que sucedió después... Por aquel fatal accidente, el pobre Harry se ahorcó...

—Yo también estaba enamorado de Lucille —Bill pareció complacerse en decirlo, en hacerlo constar.

—¡Cállate! —le exigió su madre—. ¡Y no digas tonterías! ¡Tú nunca la amaste! ¡Nunca!

—Desde que la conocí —repuso Bill, y desafiaba a su madre—. Antes incluso de que Harry se sintiera atraído hacia ella. Es así aunque no te guste, y no, no tengo por qué ocultarlo.

—No haga caso a mi hijo. —La voz de la señora Diamond, en medio de su excitación, tuvo un tinte de súplica—: Habla irreflexivamente, no se da cuenta de que puede llegar a resultar sospechoso si se empeña en sostener que...

—Yo no sostengo nada —repuso Bill—. Sólo afirmo la verdad, que la quería. Más de uno lo adivinó a su debido tiempo, así que no sé a qué viene ahora tanto misterio al respecto. En cuanto al asesino de Lucille, me gustará que pague su crimen. Por eso he optado por no ocultar la verdad al señor Pullins. ¿Te sabe mal que me haya sincerado con él, mamá? —Y puntualizó, con su tono siempre duro y cortante—: También a mi me sabe mal no haber ayudado a Lucille, ¡Porque tú no quisiste, mamá! ¡No, nunca quisiste darme dinero para ella!

—Algún día yo moriré —dijo la señora Diamond, ahora menos excitada, más serena— y entonces tú me heredarás. Entonces serás el dueño de todo. Pero hasta entonces, Bill, yo debo pensar y preocuparme por tu dinero, como años atrás, cuando vivía Harry, me preocupaba por el suyo. ¿No te das cuenta, Bill? ¿Tan difícil es de entender?

—Si, es difícil —contesto éste—. No lo entiendo.

No quiso seguir hablando con su madre. En consecuencia, dio media vuelta y se fue de allí. Sin despedirse siquiera de Reed.

—Discúlpele —dijo la señora Diamond—. A veces reacciona violentamente... ¿Sabe?, no termina de resignarse con su defecto físico. Por lo demás, no comprende que, debido a ese

mismo defecto, yo vivo pendiente de que nunca, pueda llegar a faltarle nada. En realidad, no tenemos tanto dinero como para derrocharlo. Pero ya lo ha visto, mi hijo no lo comprende.

—Lamentaría que por mi causa.... —empezó a decir Pullins.

En aquel momento se fijó en los ojos de la señora Diamond.

«Normales —se dijo para sí mismo—. Son normales.».

***

Regresaba a Mattggerty cuando reparó en Elisabeth Maxell que se disponía a entrar en su casa. Reed Pullins detuvo el coche.

La casa se hallaba situada en las afueras. Era una bonita casa, muy bien arreglada. El pequeño jardín estaba perfectamente cuidado.

No lo pensó más. Se apeó del coche y se dirigió hacia la señora Maxell. Ya que nuevamente coincidían, no había por qué esperar mejor ocasión.

Tal como había podido comprobar antes, la señora Maxell era una mujer bien vestida, que llevaba joyas y que en su juventud debió contar con inestimables encantos.

—Buenos días, señora Maxell. —Y se fijó en sus ojos.

Eran de color oscuro, tal como le había indicado el posadero. En ellos no había nada que llamara la atención.

—Buenos días —respondió ella, deteniéndose junto a la valla de madera.

Reed se presentó una vez más como el prometido de Constance, la sobrina de Lucille

Farren.

—Mucho gusto. —Y adivinando el motivo de que estuviera allí, a su lado—: ¿Qué desea preguntarme?

—¿Tiene idea de por quién, y por qué, pudo ser asesinada Lucille?

—No —respondió. Pero había de añadir—: Compréndalo, mis antipatías personales no puedo mezclarlas en un asunto tan delicado como éste.

—Dígame al menos hacia dónde se inclinan sus antipatías personales. —Reed buscaba cualquier dato, cualquier pormenor, lo que fuera.

—¿Quiere usted pasar?

—No es necesario. Gracias de todas formas.

Elisabeth Maxell, tras vacilar un poco, y tras mirar al joven con agrado, como valorando sus méritos por su alta estatura, respondió:

—A Jack le creo capaz de todo. Es un hombre malo. Por desgracia lo demostró con la pobre Lucille haciéndole la vida imposible en todo momento. Sólo ella supo lo que le tocó
sufrir desde el mismo día de su boda.

—Usted conoció bien a Lucille.

—Sí, bastante bien, solía sincerarse conmigo. Pero luego sucedió la tragedia del niño y a partir de entonces casi no volvió a hablar. Se metió en su dolor, en su desesperación y no hubo forma de hacerla reaccionar. Se dio a la bebida y, en fin, la triste y lamentable historia que sin duda más de uno le habrá ya contado.

—Sí, en efecto —asintió—. Usted la atendió en el parto...

—Estaba sola, y necesitaba ayuda. Yo se la presté como mejor supe. Tuvo un hijo precioso... ¡Qué fatalidad lo que había de suceder después! No, no me extraña que Lucille perdiera toda ansia de vivir. Yo en su caso hubiera reaccionado igual.

—Fue horrible, no cabe duda —reconoció Reed.

—Y Jack —volvía al hombre que, evidentemente, inspiraba todas sus antipatías—, sin compadecerse de ella, dejándola cada vez más desamparada. Pero no sólo fue él el culpable, sino también Joanna... Bueno —concluyó Elisabeth Maxell—, yo no sé nada, ya se lo he dicho al principio.

—¿Y el motivo de su muerte? —inquirió Reed Pullins—. ¿Cuál pudo ser? Tenía que existir un poderoso motivo.

—No acierto a imaginármelo. Una pobre mendiga, borracha de la mañana a la noche, que vivía junto a un cementerio... Era más digna de compasión que de otra cosa, ¿no cree
usted?

—Sí, desde luego. Oiga, ¿qué opina usted del posadero, del padre de Joanna? Parece una buena persona, ¿no?

—Y lo es, estoy convencida. Se merece una hija mejor que ese mal bicho que es

Joanna.

—Ya son dos las personas que hoy han llamado «bicho» a la actual esposa de Jack —observó Reed—. Primero Bill Diamond, ahora usted.

—No le extrañe la coincidencia. Joanna no cae bien a nadie. A nadie en absoluto, puede creerme.

—La he visto antes a usted, ¿sabe? —Reed enfocaba la conversación desde otro ángulo—. Salía de la casa de la señora Diamond.

—No le extrañe la coincidencia. Joanna no cae bien a nadie. A nadie en absoluto, puede creerme.

—La he visto antes a usted, ¿sabe? —Reed enfocaba la conversación desde otro ángulo—. Salía de la casa de la señora Diamond.

—Sí, suelo ir por allí de vez en cuando.
—Bill Diamond parece un hombre muy excitable, muy amargado...
—Es un buen muchacho.
—¿De veras? —inquirió.
—Puede estar seguro de ello.
—También lo era su hermano Harry, ¿no?
—Sí, desde luego.
La conversación no dio más de sí.

# CAPITULO VI

Habían almorzado juntos.

El posadero se había afanado por servirles bien. Incluso les sacó el mejor vino que tenía. Sentía simpatía por la pareja. Por lo menos todo lo hacía presumir así.

Reed Pullins había explicado a la muchacha las conversaciones que había mantenido.

—¿Ha sacado alguna conclusión? —preguntó Constance.

—No. —Movió la cabeza negativamente—. A propósito, para que lo sepa —sonrió—, me he presentado a todos ellos como su prometido. Así ha quedado mejor. Supongo que no le importa...

—No, claro que no —dijo Constance.

—En cierto modo a mí me ha molestado...

—¿Cómo dice?

—Digo —sonrió Reed— que a mí me ha molestado que lo que he dicho no fuera cierto...

—¡Ah! —sonrió Constance a su vez.

—Porque es una muchacha encantadora, la más encantadora que yo he conocido en toda mi vida.

—Mil gracias.

—Pero, bueno —tras alargar la mano a través de la mesa y atrapar la de ella— hemos de volver a la realidad, para tontear siempre nos quedará tiempo. —Y la puso al corriente de sus planes—. Ahora vamos a ir juntos a la casa situada junto a la tapia del cementerio. Para algo la tiene alquilada... Hemos de mirar bien por todas partes. Quizá esté allí la pista que buscamos.

—¿Usted cree?

—Hemos de intentarlo.

—Pues por mí, cuando quiera. —Y Constance hizo ademán de levantarse de la mesa. Poco después, en el coche, llegaban a la casa, entraban y empezaban a revolverlo todo. De arriba abajo.

Reed Pullins puso especial atención al contenido de un par de cajones. Allí había muchos papeles. Recortes de periódicos, con la narración de sucesos reales, amargos, trágicos, estremecedores. Como si su tía Lucille hubiera comparado esos dramas con el suyo propio. Cartas, que resultaron ser las que Constance le había escrito en el transcurso de varios años. También había allí un catálogo de ataúdes de lujo... Un catálogo en color, que ofrecía una gran gama de los mismos.

Asimismo había allí otro catálogo, también en color, éste de nichos, tumbas, mausoleos...

Reed se quedó pensativo.

—¿Ha encontrado algo? —le preguntó Constance.

—No, nada de importancia —respondió él.

Siguió mirando, buscando no sabía qué. Pero presintiendo que por allí cerca había algo.

Dio con una pequeña caja de madera vacía, y con un lugar, al fondo de uno de los

cajones, donde parecía idóneo esconder algo.

Pero no, no encontraron nada. Ni él ni la muchacha. Bueno, buscarían por otro lado. Con aquel trabajo, empero, se les había hecho ya de noche. Las horas habían pasado

rápidamente.

—Voy a quedarme aquí esta noche —dijo Constance de pronto.

—¿Qué pretende con esto? —preguntó Reed.

—Apagaré las luces y miraré a través de los cristales de la ventana. Haré como si no estuviera. Quizá —concluyó Constance— tenga suerte y vea algo.

—No me gusta dejarla sola. Recuerde que alguien, no sabemos quién, tiene una llave de esta puerta.

—Me consta que es así. Pasaré el cerrojo, no podrá entrar.

—Por lo que veo ya no piensa, en esa muerta todo huesos y piel, de cabellos pelirrojos, que por las noches sale de su tumba... De pensar, de creer en ella, lo enfocaría de distinto modo. Dicen que los muertos traspasan las paredes.

—No quiero creer en cosas raras.

—Podría quedarme yo... —sugirió Reed.

—Mejor que no —contestó ella sin atreverse a mirarle.

—¿Por qué no? ¿Acaso la asusto más que esa muerta...?

—En cierto modo, sí, más... —Ahora se atrevió a levantar la mirada.

—Le aseguro que no era mi intención propasarme.

—Estoy segura de ello, pero...

—Usted manda, me iré —no quiso insistir, sabía que estaba ante una buena chica—. Pero recuerde que ha de pasar el cerrojo. Olvidarse de hacerlo podría acarrearle graves riesgos.

—No me olvidaré.

En efecto, pasó el cerrojo así que Reed se marchó.

Fue lo primero que hizo. No quería sorpresas desagradables.

Ya a solas cerró la luz. Haría ver, lo dicho, que allí no había nadie. A través de los cristales de la ventana vio cómo se alejaba el coche de su acompañante.

Se pasó la lengua por los labios, sintiendo sed. Y entonces recordó que el día antes, al dirigirse allí, había llevado consigo algunas provisiones, entre éstas una botella de naranjada.

Fue a la cocina y la buscó. La botella estaba sobre un pequeño estante.

Destapó la botella y llenó un vaso. El contenido quedó a medias puesto que el día antes había ya bebido otro vaso.

Ya sin sed, se sintió mejor.

Seguidamente regresó a la pieza principal de la casa, acercándose de nuevo a la ventana. Miraría a menudo. Quizá tuviera suerte y lograra ver algo.

Pero, ¿qué esperaba ver?

Exactamente no hubiera podido decirlo.

Lo único cierto es que un grito pugnó por salir de su garganta cuando, muy cerca de la tapia del cementerio, vio la silueta de la muerta... ¡Una

silueta inconfundible, a la vez
espeluznante y enloquecedora!

***

La muerta se acercaba a la casa, a la ventana, mientras los velos rasgados de su vestido

flotaban a su alrededor.

Flotaban entre la oscuridad y la niebla. Niebla y oscuridad que, una vez más, imperaban siniestramente en la noche.

—¡Oh, no...! —gimió la muchacha.

Había luchado enconadamente con el recuerdo de lo sucedido la noche antes en el cementerio, diciéndose, una y otra vez, hasta la saciedad, que había visto visiones.

¿Cómo pudo creer posible que una losa se había movido y que una mujer, sólo huesos y piel, de cabellera rojiza, hubiera surgido del lúgubre agujero, moviéndose y alentando, desafiando a la propia muerte?

No, nada de eso podía ser cierto. Se trató de una pesadilla.

Y había llegado a convencerse de ello. Por eso, sin duda, se había atrevido a quedarse de nuevo sola en aquella casa.

Pero la muerta se hallaba de nuevo ante sus ojos...

¿También ahora veía visiones? ¿También ahora estaba sufriendo una pesadilla?

¡Noooo...!

Allí estaba la mujer muerta, sólo huesos, piel y una cabellera rojiza como una llamarada. ¡Cada vez estaba más cerca de la ventana! El terror se apoderó de Constance, llevándose las manos a la garganta en un gesto angustiado e instintivo. Se ahogaba. Empezó a jadear.

La muerta seguía andando hacia la ventana, como si prendiera penetrar por allí. ¡Oh, no dejaría que lo hiciera! Ya estaba al otro lado de los cristales. La vio mover los labios. Debía estar diciéndole algo. Pero la voz no llegó a sus oídos. Tampoco el gesto descarnado de su boca le hizo comprender nada.

Bien mirado, no se veía bien a través de la oscuridad y de la niebla. Niebla y oscuridad, ambas, se amalgamaban y convertían la noche en una cortina casi impenetrable.

La muerta elevó las manos llenas de arrugas, poniendo las palmas y los dedos sobre los cristales. Su actitud parecía querer algo, exigir algo.

—¡No te dejaré entrar! —jadeó Constance—. ¡No!

Y cerró los ventanillos de madera, colocando rápidamente e1 pasador.

No quería ver aquel rostro horrible, espantoso, que causaba constantes escalofríos a su espinazo.

Se quedó quieta, apoyada de espaldas a la pared, muy junto a la ventana que acababa de cerrar herméticamente, contenía el aliento, intentando captar todos los ruidos.

Durante varios minutos no oyó nada y quiso creer que la puerta se había ido ya, retornando a su tumba o a donde el diablo quisiera. Pero no, no se había ido. Pronto se dio cuenta de

ello.

Alguien estaba empujando la puerta de entrada, queriendo adentrarse

allí, penetrar en la casa.

—¡Vete! ¡Vete! —exclamó Constance—, ¡No voy a abrirte! Sonaron unos golpecitos. Sin duda dados con los nudillos

—¡No he de abrirte por más que llames! ¡Vete! ¡Vete! Todo ruido cesó.

La muchacha respiró más hondo, más aliviada. Pero su relativa tranquilidad duró poco.

Se vio obligada a volverse hacia la puerta de la cocina..

Se estaba abriendo, dejando oír el chirrido de sus mal aceitadas bisagras.

El chirrido se alargó, se estiró, se prolongó. Igual que si la persona que sujetara el pomo

estuviera encontrando dificultades en su pretensión o como si careciera absolutamente de prisa. Una de las dos.

Pero esto mismo, o algo parecido, ya le había sucedido a Constance una vez. Y en la otra ocasión, no había nadie en la casa.

Ella miró, buscó, y no había nadie.

No tenía, pues, por qué asustarse demasiado ahora. Debía conservar la calma. Sí, debía hacerlo.

Aunque en aquella ocasión, luego del ruido de la puerta oyó la voz de la muerta, allí mismo, bajo aquel techo, comí si en realidad estuviera...

Constance no tuvo tiempo de más divagaciones.

Esta vez la puerta se abrió del todo. Apareció la muerta.

Ya no estaba en el exterior, entre la oscuridad y la niebla Estaba allí, en el umbral de la puerta de la cocina.

La vio.

A pesar de que la casa estaba a oscuras.

Además, oyó perfectamente su voz de siempre, su voz de ultratumba, que le decía:

—Como no me has querido abrir, he tenido que entrar a mi modo... Pero no debes tenerme miedo, no quiero hacerte ningún mal...

La muchacha sentía ahora constantes escalofríos en la nuca y en el corazón.

—Deseo que vengas conmigo al cementerio —sonó de nuevo la voz de ultratumba, y la mujer avanzó un paso hacia la muchacha.

—No, no... —se negó Constance, poniéndose a sudar.

—Una vez allí, te diré quién mató a tu tía Lucille... Yo lo sé... —habló de nuevo la muerta, y dio un nuevo paso. Constance se sentía inundada de sudor. Las gotas resbalaban por toda su piel. Pero lo peor estribaba en el pánico, el terror, se le había metido dentro, tan dentro que era como si de pronto hubiera perdido la voluntad.

Tanto es así, que cuando la muerta llegó a su lado y la cogió de la mano, no encontró dentro de sí misma fuerzas para rebelarse.

La muerta siguió estirando y la muchacha se dejó llevar.

Avanzaba como un autómata. Como una sonámbula. Como alguien que, en definitiva, ha dejado de ser ella.

Lo cierto es que en su cerebro las ideas se habían embotado, que los razonamientos no le respondían, y que, cada vez más carente de voluntad, cedía a las exigencias de la muerta como si en realidad no tuviera opción a nada más.

Casi sin darse cuenta se encontró fuera de la casa, andando junto a la tapia del cementerio.

La muerta le llevaba cogida de la mano, seguía tirando inexorablemente de ella.

«¿Cómo es que la sigo? —se preguntaba horrorizada Constance—. ¿Cómo es, Dios de los cielos, que me siento incapaz de rebelarme...?

¿Cómo es que dentro de mí la vida parece huir...?»

Llegaron ante la puerta del cementerio. Estaba abierta.

—Pasa, pasa... —la animó la muerta, y ante el jadeo descompasado de la muchacha—: Tienes miedo, ¿verdad? Se te nota... Desorbitas los ojos...

—Sí, tengo miedo —asintió ella—. No quisiera seguirte. Pero estoy sin fuerzas, sin ánimo, sin voluntad. No puedo oponerme...

Constance apenas se había oído a sí misma. Su voz salió tan débil que casi no fue audible.

¿Qué le sucedía? No lo comprendía. ¿Acaso la muerta estaba anulando su personalidad, su ego, sumiéndola en un vacío profundo e insondable en el que fatalmente su final sería el más trágico, el más drástico, el, quizá, más imprevisible?

Constance seguía jadeando, sintiéndose cada vez más angustiada y más aterrada. Pero seguía los pasos de la muerta que ahora dejaba oír su maquiavélica risita.

No tardaron en estar junto a la tumba de Lucille Farrel Y entre las hierbas y la maleza que medio la rodeaban, la muchacha vislumbró las letras de su lápida, si bien no pudo leerlas porque la oscuridad y la niebla impedían hacerlo.

—Mira... —le dijo la muerta—. Aquí al lado han cavado una nueva fosa... Mira al fondo... —E hizo que la muchacha se inclinara hacia el vacío —. En el fondo hay un ataúd.
No hay nadie dentro... —La voz de ultratumba sonaba más espeluznante que nunca—. Yo lo he
traído para ti... ¿Quieres meterte dentro?

—¿Meterme dentro...? —La lengua se le pegaba al paladar—. ¡Oh, no, eso sí que no...! Pero más que nunca seguía sin fuerzas para rebelarse. Po lo demás, ahora sentía que la
cabeza se le iba y que las rodillas se le doblaban, y que un sopor irresistible se apoderaba despiadadamente de toda ella.

—Hazlo, no seas tonta... ¿A qué esperar viva a que la Muerte te llame...? Muere antes y así habrás acabado de una vez...

—Me ibas a decir quién mató a mi tía Lucille... —Aún encontró voz para recordárselo.

—Te lo diré cuando te hayas metido en el ataúd... Anda decídete... Yo te ayudo... Así, así, acércate al vacío... Yo te doy la mano... Así, baja poco a poco...

Espantada, despavorida, Constance se vio haciendo lo que la muerta le exigía.

***

Cuando Reed Pullins se alejó de la casa, al volante de su oche, se fue en busca de cierta persona. De quien no se había olvidado, en absoluto, pero a quien había guardado como su baza más importante.

Era una corazonada. Simplemente eso. Porque en realidad no tenía por qué esperar que el señor Spencer Marley pudiera aclararle lo que ciertamente estaba aún muy oscuro.

Pero Reed recordaba con agrado y simpatía a aquel hombre mayor, con aspecto de ser todo un caballero, que encontrara en el cementerio poniendo flores en la tumba de su querida esposa. Algo le decía que podía ayudarle.

Al llegar a su magnífica casa, que no le costó localizar porque en Mattggerty todo el mundo conocía al señor Spencer Marley, se encontró, no

obstante, con la enojosa noticia de que su propietario se hallaba ausente.

—Una vez a la semana coge el coche y se va a Londres —le comunicó la doncella—. En Londres vive su única hija. Se casó hace un par de años, ¿sabe? El señor va a visitarla y pasa el día con ella. Luego hace siempre lo mismo...

Como la doncella se detuviera, quizá pensando que lo que pudiera añadir no tenía por qué interesar al joven, Reed Pullins preguntó:

—Luego siempre hace lo mismo... ¿Qué ha querido decirme?

—Me refiero —dijo la doncella— a que el señor sale de la asa de su hija y a que en la tienda de al lado, que es una floristería, compra flores... Las flores más hermosas que

encuentra... Se las trae en el coche... Al día siguiente va al cementerio y se las lleva a la pobre señora... La perdió hace años, pero la amaba mucho y no puede consolarse de su pérdida...

Reed se limitó a decir a la doncella que volverla en otro momento.

Seguidamente, el joven se dirigió a la posada. Ya allí pidió una cerveza bien fría. El posadero se la sirvió, siempre amable y solícito con sus clientes.

Pero, de pronto, Reed Pullins dio un respingo.

Acababa de recordar que la casa situada junto a la tapia del cementerio tenía una puerta trasera. ¿Se habría acordado Constance de cerrarla...?

Se precipitó fuera de la posada, ¡Constance podía estar necesitándole desesperadamente!

***

La muchacha se vio metida dentro del ataúd...

Y había sido ella misma quien, obedeciendo a la muerta había ido a parar allí. ¡Oh, no comprendía cómo podía haberlo hecho! ¡Ni que se hubiera vuelto loca!

Pero bien mirado allí se estaba bien. Podía estirar brazos y piernas, podía no pedirse esfuerzo ninguno.

Notó que las fuerzas la abandonaban. No como hasta entonces, mucho más. La abandonaban hasta amenazarla quedarse totalmente inerte. Además, los ojos se le cerraban.

De pronto comprendió que deseaba dormir.

—Has sido obediente... —oyó que le hablaba la voz ultratumba—. Te has portado bien... Así que ahora voy decirte quién mató a tu tía Lucille...

Pero Constance ya no estaba en condiciones de oír nada. Toda ella había caído en una paralización casi total, en un letargo profundo, en un sueño irreprimible.

La muerta volvió a dejar oír su risita maquiavélica. Estaba satisfecha de cómo se habían desarrollado los acontecimientos.

No obstante la risita se le cortó de cuajo.

Acababa de oír una voz joven, varonil, que rompía el silencio de la noche, el silencio del pavoroso cementerio, llamando:

—¡Constance! ¡Constance! ¿Dónde estás...?

Comprendió que debía huir. Lo más rápidamente posible. Si se dejaba ver por el propietario de esa voz, que sobradamente había reconocido, estaba perdida.

Echó a correr hacia el otro lado del sagrado recinto, confiando, así que pudiera, en alcanzar la puerta de salida.

—¡Constance! ¡Constance! —volvió a dejarse oír la voz de Reed Pullins.

La muchacha no le respondió. Había vuelto en sí y quiso hacerlo, pero no pudo, sentía un nudo opresivo en la garganta.

Pero Reed había llegado ya hasta la tumba de Lucille Farren, reparando en que, muy cerca de allí, habían cavado una nueva fosa.

Se apresuró a mirar en el interior del negro, macabro y tétrico agujero, encontrándose con que allí había un ataúd...

¡Y dentro del ataúd estaba Constance!

Por un momento temió que pudiera estar muerta. Pero así que saltó al interior del agujero, pudo darse cuenta de que la muchacha se hallaba ilesa. No tenía ninguna herida en parte alguna del cuerpo.

Poco después la cogía en brazos y mejor o peor, como pudo, la sacó de allí.

La muerta, mientras tanto, aprovechaba la ocasión para llegar a la puerta del cementerio. Era preciso huir cuanto antes.

Desde luego, no contaba con ser vista, con ser descubierta por nadie. A esas horas de la noche, ¿quién iba a estar allí...?

Estaba Spencer Marley. No hacía mucho había pasado por allí. Regresaba de Londres, con las flores recién compradas cuidadosamente depositadas en el asiento posterior de su| coche.

Al ver que la puerta del cementerio estaba abierta, pensó que podía ponerlas en la tumba de su esposa sin tener que esperar al día siguiente.

Es cierto que más de uno aseguraba que por las noches una muerta salía de su tumba...

¡Tonterías! ¡Viejas historial que él no terminaba de creerse! ¿Cómo creer que una mujer muerta, sólo huesos y piel, de cabellera rojiza, se moviera y alentara como cualquier persona viva?

No, no eran tonterías. No, no eran viejas historias.

¡Tenía a la muerta ante él! Por lo que Spencer Marley, que acababa de depositar las flores, gritó ante aquella súbita e inesperada aparición.

Gritó con todas sus fuerzas.

Pero no tuvo tiempo de hacer nada más. De ello se encargó la muerta.

Llegó a su lado con un cuchillo en la mano y le asestó una cuchillada terrible. Endiabladamente contundente. Fatalmente certera.

Con las manos sobre su mortalmente herido corazón Spencer Marley cayó sobre la tumba de su esposa.

Comprendió que iba a morir, así que musitó:

—Me reúno contigo, querida....

La muerta, que había recuperado el cuchillo, echó a correr hacia la puerta de salida así que se aseguró de que Spencer Marley había dejado de respirar. Desapareció por allí.

La oscuridad y la niebla la ayudaron a perderse de vista en breves segundos.

# CAPITULO VII

—Ya me encuentro bien —aseguró Constance, y miró con infinito agradecimiento al joven.

—Me alegro mucho — se sonrió Reed.

De lo sucedido en el cementerio habían pasado más de cuarenta y ocho horas. Desde luego el doctor había tenido que intervenir, pues la muchacha se sentía muy enferma. Afortunadamente se había recuperado y su estado ya no inspiraba el menor cuidado.

—Ahora que ya estoy bien, ¿puedo saber...? —rogó la muchacha.

Hasta entonces, Reed se había negado a explicarle nada. Ante todo debía recuperar la salud. Lo demás vendría después.

—Sí, ahora sí —asintió.

Estaban en el comedor de la posada. Hacía ya un buen rato que habían desayunado. Los demás clientes, asimismo, ya lo habían hecho y se habían marchado. En ese momento estaban solos.

—Cuéntame... Aunque aún estoy tan asustada tan aterrorizada, que sólo deseo irme muy lejos de aquí.

—¿Sin averiguar quién mató a su tía? Ya hemos avanzado demasiado para retroceder ahora.

—Sí, claro —reconoció—. Tiene razón. Discúlpeme.

—No tengo de qué disculparla. Después de lo sucedido, es lógico que desee irse lo más lejos posible. Pero existo yo, y yo no me conformo con escribir a medias una novela. Bueno, voy a explicarle todo lo que he podido averiguar.

La puso al corriente de que había hecho analizar la naranjada que encontró en la casa situada junto a la tapia del cementerio. Quedaba la mitad del contenido de la botella, así que resultó sencillo.

El análisis efectuado demostró que la susodicha bebida había sido adulterada. Se le había mezclado narcótico, mezcla de sedante e hipnótico, de eficaces, poderosos y rápidos efectos.

—Comprendo —repuso Constance—. Por eso me dejé llevar... Por eso no encontraba fuerzas dentro de mí misma... Por eso el sueño, el cansancio, me abrumaban... Por eso la muerta...

—De muerta nada. —Reed la interrumpió—. Esa mujer está más viva que yo... Si es que se trata de una mujer —puntualizó—, pues en definitiva su apariencia no es más que un disfraz... Y tratándose de un disfraz, tanto un hombre como una mujer pueden colocárselo...

—Sí, naturalmente —asintió la muchacha.

—Esa persona —siguió diciendo Reed Pullins— es el asesino del señor Wammer, y del señor Spencer Marley, cuyo cadáver se encontró junto

a la tumba de su esposa... Es el asesino, también, de Lucille...

—¿Está seguro de que se trata de la misma persona?

—Sí —y añadió—: La muerta, bueno, la llamo así porque de algún modo he de hacerlo, no cesa en su empeño... En el empeño de que la sobrina de Lucille Farren huya de aquí, de esta localidad... Están bien claras sus intenciones, pues los sustos que le propina resultan sobradamente elocuentes y significativos... Ahora bien, si pretende que se vaya, que huya, es porque teme que algo se averigüe... ¿Qué puede ser ese algo? No hace falta deducir mucho.

Que «ella» o «él» fue quien mató a su tía...

—Parece una deducción llena de lógica.

—Pero, ¿qué móvil pudo inducir a ese crimen? Me lo he preguntado un centenar de veces.

—Sin llegar a ninguna respuesta...

—Llegando —aclaró Reed.

—¿Cómo...? —se sorprendió Constance.

—Sí, le he dado muchas vueltas a la cabeza y creo haber llegado a una sospecha, a una hipótesis justa y acertada.

—¿Sí?

—Por lo que durante estas últimas horas he estado investigando... Y sí, mi sospecha, mi hipótesis, se ha ido reafirmando. Pero no, no sé quién es el asesino.

—Entonces, ¿qué es lo que sabe...? —no había terminado de entenderlo.

—Sé cuál fue el móvil del crimen.

—Dígamelo, por favor. Reed no se hizo rogar.

—El robo —dijo.

—¿El robo? —se sorprendió enormemente Constance—. ¡Pero si la pobre tía vivía de lo que unos y otros le iban dando!

—Mendigaba sí, en efecto —observó Reed—. Pero ¿para qué mendigaba?

—Eso no es ningún secreto. Para olvidar su dolor, su tragedia, tía Lucille se emborrachaba a diario, y la bebida cuesta dinero, así que...

—Todos en la localidad han visto borracha a su tía Lucille —admitió Reed—. Pero para emborracharse hay que beber...

—Sí, por descontado —asintió la muchacha.

—Y para tener bebida hay que comprarla, ¿no?

—Claro.

—Pues bien, he preguntado en todas las tiendas, en todos los bares, en todas las tabernas... He preguntado en todos los establecimientos que venden bebidas... Nada... En ningún lugar de ésos su tía Lucille compró nunca una botella de brandy, ni de whisky, ni de vino, ni de nada...

—Entonces, ¿cómo es que estaba borracha de la mañana a la noche?

—No se emborrachaba —dijo Reed Pullins—. Simplemente fingía emborracharse. Así, tal vez, le causaba menor vergüenza extender la mano y pedir... Así, por lo demás, justificaba su propia mendicidad...

—No comprendo... De veras que no comprendo... —Constance se sentía confusa.

—Todos se apiadaban de ella y ponían una moneda en su mano, y su tía Lucille, que gastaba muy poco en comer y menos en vestir, se guardaba el resto. Se lo guardaba celosamente. De ello que, a los nueve años de haber muerto su hijo, a los nueve años de la tragedia, tuviera amontonado mucho dinero, casi una pequeña fortuna. Y alguien se propuso quitársela.

—El asesino.

—Exactamente.

—Pero ¿tiene auténtica base su suposición? —preguntó la muchacha—. No sé, no sé...

—Me he puesto en contacto con un amigo mío. Es detective y competente como pocos. No creo que tarde mucho en recibir una llamada suya. Entonces me informará debidamente y todo quedará claro.

—Si usted lo dice... Pero, por favor, explíqueme, si es que lo sabe, para qué ahorraba tanto tía Lucille...

—El otro día, en aquel cajón, encontramos un par de catálogos, ¿recuerda?. Uno de ataúdes de lujo y el otro de tumbas de categoría... Ese hallazgo me dio que pensar desde el primer momento. No tenía sentido que su tía Lucille lo hubiera solicitado... ¿O sí tenía sentido? En caso afirmativo, lo lógico era suponer que su tía Lucille no fuera tan pobre como todos creían... Deduje, pues, que quizá esa pobre madre soñaba con sacar los restos de su pequeño hijo de donde estaban... ¡Los tenía en un nicho tan pobre, tan humilde! De ello se había lamentado en incontables ocasiones, Jack así nos lo dijo... Pero, bueno, todo eso no eran más que unas meras suposiciones mías...

—Y siguen siéndolo, ¿no es eso? —preguntó Constance.

—No, en absoluto. En esos catálogos, como es natural, ponía el nombre de la casa expendedora y su dirección. Así pues, ayer estuve allí. Me levanté antes de que amaneciera y cuando abrió el establecimiento, ya estaba yo allí, esperando.

—Prosiga, se lo ruego. —La muchacha demostró vivo interés por lo que estaba oyendo.

—Di unos billetes por adelantado y me informé convenientemente. Me enteré de que haría unos cinco meses se había presentado allí una mujer modestamente vestida, joven, que solicitó dichos catálogos y les hizo varias preguntas al respecto. A dicha joven no le importó decir su nombre y el empleado del establecimiento lo anotó...

—¿Y se trataba de mi tía Lucille? —inquirió Constance.

—En efecto. El nombre que el empleado anotó, y que no tuvo inconveniente en mostrarme, era el suyo, Lucille Farren. Por cierto —prosiguió Reed—, pregunté en la tienda qué es lo que esa presunta cliente le había dicho que iba a necesitar de ellos. Me contestó haciéndome saber que la mujer en cuestión deseaba trasladar los restos de su hijo, desde la localidad de Mattggerty al moderno cementerio de Londres. Deseaba un ataúd de buena clase y una tumba de categoría. Dijo que volvería unos días después y que pagaría por adelantado. Pero, claro, no volvió.

—¡Oh, pobre tía Lucille! —se compadeció la muchacha.

—En consecuencia, la historia ya empieza a tener sentido. Pero falta saber quién robó ese dinero... En principio, del asesino sólo sabemos que tiene los ojos de distinto color... Algo muy infrecuente en las personas, por lo que parece ser una pista inmejorable. Pero esa pista no nos ha llevado a ninguna parte, sin duda porque el asesino lleva lentillas, y sin duda las ha llevado siempre... De ello que la inscripción de la lápida no haya desenmascarado a nadie...

Constance no dijo nada en esta ocasión y Reed continuó con sus ya evidentes conclusiones.

—De todo lo cual se desprende que el asesino atacó encapuchado. Eso

ya lo deduje desde el primer momento, pero, claro, ahora ya no me quedan dudas en ese sentido. Porque iba encapuchado, se permitió actuar sin lentillas, Pero a través de los agujeros de la tela Lucille se dio cuenta de que sus ojos no eran iguales...

—Pero ¿qué espera que le diga ese amigo suyo, el detective? —preguntó Constance.

—Algo esencial, básico.

—¿Sí?

—Quién de los sospechosos es la persona que, en fecha relativamente reciente, añadió una elevada cantidad de dinero a su cuenta corriente. Cuenta corriente, sin duda, ya muy mermada...

—¿Y quiénes son los sospechosos? —quiso saber Constance.

—Alguien que vive en Mattggerty, o en sus alrededores —dijo Reed —. Yo diría que son

los siguientes: la señora Diamond, su hijo Bill, Elisabeth Maxell, Jack, su esposa Joanna, y el dueño de esta posada... En resumen, seis personas... Mucho tendría que equivocarme para que no fuera así...

—Y ese amigo suyo, el detective, ¿podrá enterarse en qué banco están sus respectivas cuentas corrientes, a cuánto ascienden éstas y si su importe se ha visto incrementado últimamente? Yo creía que esas cosas no podían...

—Ese amigo mío se entera de todo —aseguró Reed Pullins—. Le basta proponérselo. Pero hemos de darle un poco de tiempo.

***

No pudieron menos de sentirse sorprendidos al ver entrar en la posada a la señora Diamond y a su hijo Bill. Si bien éste parecía acompañarla a disgusto.

Fueron directamente en busca del posadero. Por lo visto tenían que hablarle de algo que ellos consideraban primordial.

No obstante, el posadero se veía requerido en aquellos momentos por uno de sus clientes, así que les dijo:

—Pasen al comedor, por favor. En seguida me reuniré con ustedes.

Se adentraron en el comedor, y Reed Pullins, que no les había perdido de vista, se levantó para saludarles.

—¿Qué tal, señora Diamond? Espero que me recuerde. Buenos días... —saludó seguidamente a Bill

—Hemos venido a hablar con el posadero —dijo la señora Diamond sin que nadie se lo preguntara,

—Yo no quería venir —hizo constar Bill.

—¿Pasa algo? —preguntó Reed.

—Sí, pasa algo que me disgusta enormemente. El inspector Derr sospecha de mi hijo.

—Son figuraciones tuyas, mamá —aseguró Bill—. Nada nos ha dicho que nos lo pueda hacer suponer así.

—Hay un asesino rondando estos lugares —observó la señora Diamond—. Un asesino que, al parecer, es siempre el mismo... Mató al señor Wammer, mató al señor Spencer Marley y mató antes a Lucille Farren... Pero ese asesino no es mi hijo...

—Nadie dice que lo sea —repuso Reed—. Ni siquiera el inspector Derr, estoy convencido de ello.

—Ciertas indirectas por su parte —dijo la señora Diamond— no me gustan nada. Nada absolutamente. Así que he venido a rogar al dueño de esto... —indicó al posadero, que seguía atendiendo al aludido cliente— que hable bien de nosotros al inspector Derr. Nos conocemos desde hace muchos años y sabe que Bill es incapaz de nada malo.

A continuación, madre e hijo se acomodaron en una mesa, en espera

de que el posadero les pudiera atender. Quedaron callados.

Constance, que se había limitado a saludarles, preguntó por lo bajo a su acompañante:

—¿Cree posible que sea Bill...?

—A su debido tiempo se sabrá —fue la respuesta de Reed—. Pero dése cuenta, Constance, viene otro de los... —No acabó la frase.

En efecto, llegaba otro de los sospechosos. Mejor dicho, dos de ellos.

El tosco y rudo Jack, el sepulturero de la localidad, y su esposa Joanna,

Ellos venían en plan de visita. Jack, de evidente mal humor. Joanna, bien arreglada y bastante sonriente.

Al ver que su padre no estaba para ellos, Joanna optó por entrar en el comedor y esperar allí. Cuando se dio cuenta de que no iban a estar solos ya era tarde para retroceder sin hacer un feo. Así que decidió seguir adelante y quedarse allí. Jack la siguió. El saludo de ambos fue breve.

No había transcurrido medio minuto, aún estaban todos ellos en medio de un silencio algo embarazoso, cuando una nueva persona llegó a la posada y se introdujo en el comedor.

Era Elisabeth Maxell. Llegaba bien arreglada, con aquellas bonitas joyas que Reed Pullins ya le vio lucir en anterior ocasión.

Saludó amablemente, sobre todo a la señora Diamond y a su hijo Bill, y después de una breve charla se dirigió hacia una de las mesas más apartadas. Era la mesa que solía ocupar a menudo. Cocinar no le gustaba y cada dos por tres iba por allí a degustar los buenos platos que solía ofrecerle el posadero.

—Ya estamos todos —dijo Reed a la muchacha—. Ni preparado... Francamente una coincidencia que me satisface mucho... Esto me ahorra el trabajo de citarles...

—Pero si sigue sin saber quién... —repuso ella, susurrando.

—Sigo sin saberlo —admitió el joven—. Pero de un momento a otro llamará mi amigo el detective.

Como si se lo viera venir.

Exactamente en aquel momento se oyó la voz del posadero que exclamaba desde el mostrador de recepción:

—Al teléfono, señor Pullins. Conferencia desde Londres.

—Voy en seguida —dijo Reed, poniéndose en pie. Pocos minutos después regresaba al comedor.

En aquel momento, todos y cada uno de los allí reunidos clavaban en él su mirada.

# CAPÍTULO VIII

Reed Pullins se acercó a la muchacha, pero se quedó allí, sin sentarse. Ella le miraba, interrogativamente.

De pronto, el joven dio un par de pasos hacia el centro del comedor y reclamó la atención de todos los que allí se encontraban.

—He hecho con éxito ciertas averiguaciones —dijo a continuación—. Se refieren a ese asesino que el inspector Derr intenta desenmascarar. Un asesino que en realidad podría ser cualquiera de nosotros...

—¿Qué ha averiguado? —preguntó de inmediato la señora Diamond —. Por favor, díganoslo sin más demora.

—He dado con el móvil del asesinato —repuso Reed, de momento sin querer decir nada más.

—¿Ah, sí...? —se interesó Elisabeth Maxell.
—Sí —reafirmó Reed—. El móvil fue el robo.
—¡No me diga! —se burló Joanna.
—Lucille se dedicaba a la mendicidad —le recordó Jack.

El posadero, que había acabado con su cliente, entró en aquel momento en el comedor.

Mientras se secaba las manos en el delantal, opinó:

—Suena extraño eso que ha dicho, señor Pullins.

—Aun así —dijo el aludido— es la verdad. El asesino robó a Lucille Farren.

—Si no tenía nada —repuso la señora Diamond— ¿qué pudo robarle?

—Ocho mil libras. Una cifra que no es ninguna tontería.

—¿Ha dicho ocho mil libras? —preguntó Constance, interviniendo por primera vez.

—Sí, eso he dicho.

—Es mucho dinero... —murmuró entre dientes Bill Diamond.

—Sí, mucho —asintió Reed.

Se hizo un profundo silencio entre ellos. Se hubiera podido oír el volar de una mosca.

—Bueno, aclárenos más el caso —pidió Elisabeth Maxell. Y añadió —: Parece muy seguro de lo que dice.

—Sí.

A continuación les refirió lo que Constance ya sabía. Explicación que hubiera podido omitir, yendo más directamente al grano. Pero no quiso hacerlo, deseaba que el culpable empezara a ponerse nervioso.

—¿Se hacen cargo? —inquirió seguidamente—. Obsesionada con ese pobre y humilde nicho en el que reposaban los restos de su hijo, Lucille se propuso adquirir algo mucho más digno para el ser que había salido de sus entrañas. Hubiera podido pedir ayuda a su familia, pero sin duda prefirió silenciar todas sus desdichas y desenvolverse por sí misma. Así que se privó de lo más esencial durante nueve años y consiguió ahorrar esas ocho mil libras que he mencionado ya.

—Parece increíble —opinó la señora Diamond.

—Sí, sinceramente lo parece —dejó oír su voz Elisabeth Maxell.

—¿Está usted seguro de todo eso? —preguntó el posadero—. ¿Seguro que no bebía...?
¿Seguro que fingía...?

—Sí, seguro —afirmó Reed.

—Pues lo hacía bien —dijo Joanna—. Tan bien que yo nunca pude imaginar que se estuviera burlando de nosotros.

—No era su intención burlarse de nadie —intercaló Constance—. Estoy convencida de ello.

—Yo tampoco pude pensar en ningún momento —observó Jack— que se tratara de una actuación.

—De una excelente actuación —puntualizó Elisabeth Maxell.

—Guardó el secreto tan celosamente —añadió Reed Pullins— que nadie sospechaba nada. El asombro de ustedes será el asombro de toda la localidad.

—Pero ¿quién pudo enterarse de que tenía tanto dinero guardado? —preguntó el posadero—. Si se trataba de un secreto celosamente guardado...

—Sin duda Lucille Farren se sinceró con alguien —apuntó Reed. Es lo más factible...

—Sí, claro —dijo Joanna—, Lo que me descarta a mí como sospechosa. Lucille no me podía ver. En consecuencia, jamás se hubiera sincerado conmigo.

—Ni conmigo —añadió Jack, que por lo visto quiso sacudirse de encima todos los posibles recelos que como marido de Lucille pudiera inspirar.

—Yo hablaba con ella de vez en cuando —reconoció la señora Diamond—. Me daba mucha pena verla en aquellas condiciones.

—Yo hablaba con ella a diario. —Bill no ocultó lo que, por otra parte, todos sabían—. Ella me tenía mucha confianza. A causa de lo que hizo mi hermano Harry sucedió aquella tragedia, pero nadie en realidad tuvo la culpa... Lucille lo comprendía así, y a menudo se le llenaban los ojos de lágrimas cuando pasábamos bajo el árbol en que Harry se ahorcó... Sí, Lucille me tenía mucha confianza. Me extraña que a mí no me mencionara nunca la existencia de ese dinero.

—Ocho mil libras es una cantidad muy respetable —declaró el posadero acto seguido, tal vez considerando que él también tenía que decir algo—. No hubieran venido mal a mi negocio...

Todos habían dicho u opinado algo. Todos menos Elisabeth Maxell.

Su silencio hizo que los allí reunidos, como movidos por un resorte, dirigieran hacia ella su mirada.

Dándose cuenta delia significativa circunstancia, Elisabeth Maxell

carraspeó. No, no le
gustaba nada como le miraban. Tenía que defenderse.

Pero Reed Pullins no iba a darle opción a hacerlo. Por lo que sin circunloquios dejó oír la fuerza imperiosa de su voz, diciendo:

—Voy a explicarles todo lo sucedido. ¿.Quieren?

—Sí, sí —repuso la señora Diamond.

—Por descontado que sí —asintió Bill.

—Hable —se impacientó Jack.

—Le escuchamos —dijo Joanna.

—Sí, le escucharnos... —fue el posadero el último en responder.

El último, porque Elisabeth Maxell siguió silenciosa, sin acertar a que palabra ninguna saliera de sus labios. Se había puesto pálida, lívida.

—Pues lo hechos sucedieron como voy a enumerar —subrayó Reed Pullins—. Puede que me equivoque en algo, pero sin duda no será en nada primordial.

***

Iba a conseguir lo que más había anhelado, trasladar los restos de su hijo a Londres, al moderno cementerio en el que reposaban sus padres y su hermano mayor, el padre de Constance. Lucille Farrel tenía ya el dinero necesario.

No le importaba haber mendigado, ni que todos la creyeran una borracha, porque su vida no tenía sentido desde aquella terrible tragedia. Bueno, sólo tenía un sentido, el ya expuesto. Para todo lo demás se sentía muerta.

Aquel día, o al siguiente, o cuando fuera, se encontró con Elisabeth Maxell. Casualmente, pues en los últimos tiempos no se trataba con nadie, o con casi nadie.

Lucille no resistió la tentación de pedirle que fuera a su casa. Tenía que contarle una cosa.

Elisabeth Maxell la acompañó, extrañándose, desde luego, de que Lucille no se hallase
bebida. La verdad es que lo estaba a todas las horas del día.

Ya en la casa, Lucille Farren sacó una pequeña caja de madera de detrás de un cajón. La tenía allí escondida.

Cuando levantó la tapa de la caja, Elisabeth Maxell creyó que estaba viendo visiones. Allí había mucho dinero, muchos billetes.

Lucille le explicó lo que pretendía hacer.

—A usted no quiero dejar de decírselo —repuso—. Usted se portó muy bien conmigo cuando el parto. No lo he olvidado.

—Comprendo..., comprendo... —contestó Elisabeth Maxell.

Pero sólo había conseguido una cosa, que ella tenía una oportunidad única. Si mataba a
Lucille y se llevaba el dinero, volvería a vivir sin agobios.

Últimamente se sentía muy preocupada. Poco a poco se había ido comiendo el dinero que le dejó su marido. A ese paso se vería obligada a vender las joyas que tenía e incluso a buscar algún trabajo.

Pero si hacía suyo el dinero que había visto en la caja, todo se arreglaría para ella. Podría seguir viviendo bien y no tendría que vender sus joyas.

Aquella noche se la pasó sin dormir, planeando su crimen. Tenía que actuar cuanto antes, y sin fallos.

En consecuencia, al día siguiente acudió de nuevo a la casa situada junto a la tapia del cementerio. De noche. Para que nadie la viera. Para que la oscuridad y la niebla fueran sus aliadas.

Se había vestido con unos pantalones negros, que nunca se había puesto allí, en Mattggerty. En Mattggerty siempre quiso parecer toda una señora. Se colocó, asimismo, una blusa camisera que por su color oscuro tanto podía ser de hombre como de mujer.

Después metió la cabeza en el interior de aquella tela, que había cosido convirtiéndola en una capucha con sólo dos orificios...

Antes se había quitado las lentillas, esas lentillas que hacía que sus ojos parecieran del
mismo color. Las llevaba desde muy jovencita y estaba muy acostumbrada a ellas. Pero a veces los ojos le dolían. Sí, era mejor quitárselas.

Llamó a la casa. Como si se tratara de cualquier otra persona. Lucille abrió sin temer nada de nadie. Siempre abría así.

Elisabeth Maxell se abalanzó sobre ella y la acuchilló...

Viéndola mortalmente herida, comprendiendo que su vida duraría como máximo un par de minutos, desapareció de allí luego de apoderarse de la caja con el dinero.

La vida de Lucille, en efecto, se acababa.

Pero aprovechó ese par de minutos para coger un lápiz y escribir las palabras que ella quería que labrasen en su lápida.

Estaba convencida, qué duda cabe, de que así dejaba una pista, no sólo a la policía, sino también, a su sobrina Constance. Porque Lucille Farren sabía que su sobrina, al no tener respuesta a sus cartas, acabaría presentándose en Mattggerty para ver lo que pasaba.

Ante el cadáver de Lucille Farren, a nadie se le ocurrió pensar que el móvil pudiera haber sido el robo. Nada tan lejos de la imaginación de persona alguna.

Por lo que Elisabeth Maxell, tranquila, serena, sin albergar temores de ninguna índole,

depositó el dinero robado en su cuenta corriente.

Todo le había salido bien, a la perfección. Había tenido que matar, es cierto, y recordarlo no le gustaba, pero había valido la pena. Sus desasosiegos económicos habían concluido.

Pero de pronto apareció Constance, la sobrina de Lucille Farren. Una muchacha a la que desde el primer momento se la vio decidida a averiguar quién había matado a su tía.

Sin embargo, la presencia de la muchacha no contrarió demasiado a Elisabeth Maxell. Y dado que Constance había alquilado la saca situada junto a la tapia del cementerio, ella por su parte optó por darle un susto para que no le quedaran ganas de seguir allí.

Así lo hizo, tras haber conseguido un duplicado de la llave de la casa y otra de la puerta del cementerio. ¿Cómo se hizo con ellas? Pudo ser de varias maneras. Esto es lo de menos.

El susto consistió en hacerla creer que era la muerta... Esa muerta, sólo huesos y piel, de cabellera rojiza como una llamarada, que Lucille había asegurado haber visto en el cementerio.

Tal aparición no existió nunca. A Lucille, a quien su marido la obligó más de una vez a coger una vela y a dar un paseo nocturno por el cementerio, los nervios le habían jugado una

mala pasada. Sólo se trataba de esto.

Elisabeth Maxell, aprovechando los comentarios que en su día se derivaron de tal hecho, se procuró una mascarilla de arrugada goma que simulaba perfectamente la faz de una muerta, y unos largos guantes asimismo adecuados al caso, y una peluca de cabellos pelirrojos.

Su objetivo quedó cumplido. El susto fue enorme. Pero algo falló en su plan. Reed

Pullins se metió dónde nadie le llamaba.

Así pues, Constance tuvo a partir de ese momento un amigo leal con e1 que Elisabeth Maxell no contaba tener que vérselas.

Aun así, pensó que un segundo susto, éste más a lo grande, haría que la muchacha se decidiera a salir de Mattggerty ya sin más dilaciones.

Narcotizó la naranjada, y luego, cuando la muchacha ya la había bebido, entró en la casa aprovechando el descuido que había tenido de no cerrar la puerta trasera.

Ya ante la muchacha, la dominó por entero, hizo lo que quiso de su voluntad. En consecuencia la obligó a seguirla hasta el cementerio, a descender hasta aquella fosa, hasta aquel vacío ataúd, llenándola de infinito horror y de inconmensurable espanto.

Elisabeth Maxell no se detenía ante nada.

Y bien lo había demostrado asesinando al pequeño y rechoncho señor Wammer, a quien sorprendió cuando regresaba a su casa. Sabía que estaba sospechando de ella y no se anduvo con chiquitas. Decidida a salir impune, llevaba su propia defensa a las últimas consecuencias.

Y volvió a proceder de parecida manera con el señor Spencer Marley. Este no sospechaba de ella, pero la sorprendió cuando huía del cementerio y gritó...

Elisabeth Maxell creyó que la había reconocido. Fue absurdo, quizá, suponerlo así. La mascarilla y los largos guantes de arrugada goma, los velos desgarrados de su vestido, su cabellera rojiza, eran un disfraz impecable. Pero sí, creyó que la había reconocido y decidió acabar con él.

Lo hizo.

Después se refugió en su casa y dio por sentado que todo, a continuación, se desarrollaría a medida de sus deseos.

Constance se iría de Mattggerty para no volver nunca más y con la muchacha se iría también su joven admirador. Y ella, en consecuencia, podría ya respirar completamente tranquila.

Se equivocó.

Ni Constance se había ido, ni Reed Pullins tampoco. Y ahí le tenía a él...

# CAPITULO IX

—Esto es todo —resumió Reed. Y había de añadir, ahora dirigiéndose exclusivamente a Elisabeth Maxell—: Y es usted, pues, el asesino que busca el inspector Derr. ¿La prueba de cuanto he dicho, de cuanto he aseverado...? No hace falta buscarla muy lejos. Hará unos cuatro meses, a los pocos días de haber muerto asesinada Lucille Farren, usted ingresó en su cuenta corriente la cantidad de ocho mil libras. Si tales libras no provienen de lo robado a Lucille Farren, sin duda podrá usted explicar de dónde le vino tal sustanciosa suma... En cuanto a sus ojos, demostrando claramente que no lleva lentillas...

Elisabeth Maxell estaba desenmascarada. El relato de Reed se había ajustado, en todo y por todo, a lo sucedido. Y como ella nunca podría justificar el ingreso de esa elevada cantidad en su cuenta corriente... Y como ella, ciertamente, llevaba lentillas...

Convencida de que sólo le quedaba huir, se fue acercando poco a poco a la salida. Para que nadie sospechara de sus intenciones, lo hizo ocultándose el rostro entre las manos, y gimiendo, mientras decía:

—Soy inocente... Soy inocente... Les aseguro que soy inocente...

Pero de pronto, al parecer sorprendiendo a todos, echó a correr hacia el mostrador de recepción y de allí, cruzando el vestíbulo, se precipitó en la calle.

En la calle encontró detenido el coche de Reed y sin pensárselo dos veces se colocó al volante. En seguida el coche arrancó.

Todo esto, verdaderamente, a una velocidad enorme.
Increíble para sus años. Reed Pullins, sin alterarse en
absoluto, se volvió hacia el posadero.

—Tiene usted su coche al otro lado de la calle, ¿verdad? —le preguntó—. Creo haberlo visto aparcado allí. ¿Puedo cogérselo? —Y había de añadir—: He dejado el mío sin gasolina. Sabía que si el asesino huía, se le ocurriría hacerlo en mi coche, es el que iba a tener más a su
alcance. —Y afirmó sin lugar a dudas—: Alcanzaremos a Elisabeth Maxell antes de que
haya recorrido un par de kilómetros.

—Sí, cojamos mi coche —dijo el posadero, y al pluralizar dio por descontado que él también quería participar en la persecución.

Reed, Constance, y el posadero cruzaron la calle. Se metieron en el coche. En el último instante también lo hizo Bill Diamond.

Breves instantes después, el coche se ponía en persecución de aquel otro, mucho más nuevo y moderno, pero al que, antes o después, pero siempre muy pronto, se le iba a acabar la gasolina.

Se le acabó cuando cruzaba ante la puerta del cementerio. Una puerta

que se hallaba abierta de par en par.

Elisabeth Maxell, viendo que el coche no daba más de sí, consideró inevitable seguir la huida a pie. Pero en esta ocasión no le ayudaba la oscuridad de la noche, pues era pleno día, ni le favorecía la niebla, ya que ésta había desaparecido por completo.

Por lo que, comprendiendo que sus perseguidores no tardarían en darle alcance si no se daba buena prisa en desaparecer de su radio visual, bajó del coche y corrió hacia la puerta

del cementerio.

Desapareció por allí, entre cipreses, nichos, tumbas e inscripciones...

Confiaba en salir por el otro extremo del sagrado recinto, por la otra puerta. Esta se orientaba hacia unos terrenos pantanosos, muy poco frecuentados por nadie, por donde, sin duda, le resultaría fácil escapar.

Confiaba en salir por esa puerta, puesto que no sabía que Reed Pullins, luego de hablar por teléfono con su amigo el detective, había estado informando al inspector Derr. Y éste había quedado con que obstaculizaría cualquier posible intento de evasión por la puerta trasera del cementerio, así como el paso por la carretera, tanto por el Norte como por el Sur.

En realidad, Elisabeth Maxell estaba acorralada. Pero no, no lo sabía.

Por lo demás, lo cierto es que no iba a caer en poder de Reed Pullins y los demás, ni tampoco en poder del inspector Derr.

Lo que iba a suceder iba a ser distinto. Total y absolutamente distinto.

Corrió por el cementerio, agotada, sin aliento, verdaderamente jadeante, pero sin detenerse. Todo dependía de la prisa que se diera.

Lo sabía.

En su rápida carrera, terminó alcanzando el modesto nicho donde reposaban los restos de aquel hermoso niño que ella, quizá en uno de los pocos actos caritativos y honestos de su vida, ayudó a llegar a este mundo. Y pronto alcanzó también la tumba de Lucille Farren...

Se propuso pasar por allí como una exhalación. Pero no había de conseguirlo, pues pisó la maleza que crecía alrededor de la tumba y la maleza se le enroscó al tobillo. Se le enroscó tan súbitamente que se vio detenida en seco.

Para apartar de su tobillo las ramas que le impedían proseguir la huida, se agachó. Pero apenas metió su mano entre las hierbas, éstas le apresaron también la mano. De modo y forma tan inexorable que no pudo sacarla de allí por más que tiró con todas sus fuerzas.

Reparando entonces en que aquélla era la tumba de Lucille Farren, se estremeció. Y un miedo horrible, pavoroso, le hizo lanzar un gemido ronco y ahogado.

¿Acaso aquella maleza se movía, se agitaba, guiada por el odio que Lucille Farren debía sentir por ella, no sólo por haberla matado sino por robarle el dinero que tenía guardado para su hijo...?

No, no podía ser así.

Pero si no era así, ¿por qué no podía desasirse de aquellas endemoniadas ramas? Zarandeó con fuerza la maleza, queriendo liberarse de sus ataduras. Pero no consiguió nada. Y lo peor fue que, cuando menos lo pensaba, el otro tobillo quedó asimismo apresado.

E instantes después, la otra muñeca.

Perdió el equilibrio y fue a parar al suelo, sobre la maleza. Espesa y enrevesada maleza que en los últimos días había crecido considerablemente.

Y ya tumbada, derribada allí, fue el cuello el que se vio envuelto en aquellos tallos que parecían haberse convertido en despiadadas garras.

Elisabeth Maxell lanzó un chillido...

¡La savia de aquella maleza había sido alimentada por el cuerpo corrupto de la inocente víctima! ¡Ahora ya no podía dudarlo! Las consecuencias estaban allí, cebándose en ella.

Y el temblor de su cuerpo se convirtió en sacudidas que expresaban un terror irreprimible. Seguía el dogal en su cuello, no cesaba la presión. Por el contrario cada vez se hacía

más fuerte, más inexorable. Lo mismo que si no fueran simples tallos, unas vulgares ramas,

sino unas manos violentas e irascibles que exigieran venganza.

—¡No, Lucille, no te vengues de mí...! —suplicó en el paroxismo de su miedo, de su

terror.

Abría los ojos desesperadamente. Los sacaba de sus órbitas. Hasta tal extremo, que las lentillas acabaron despegándosele y cayendo sobre la tierra.

Aparecieron sus ojos. Uno era oscuro y el otro de color azul claro, muy claro. Empezó a faltarle el aliento.

Sacaba ya parte de la lengua.

—¡No, Lucille, ten piedad...! —gimoteó.

La petición no fue oída, no fue escuchada, no fue, por lo menos, obedecida.

Y las ramas siguieron enroscándose más y más alrededor de su cuello, de su garganta, de su yugular. Hasta que, rojo su rostro y amoratados sus labios, faltándole la respiración, perdió el conocimiento.

La maleza siguió agitándose.

Luego quedó inmóvil.

Cuando llegaron allí Reed y Constance, todo había acabado ya. El corazón de Elisabeth Maxell había dejado de latir. No volvería a hacerlo.

—Pero ¿qué ha pasado aquí...? —la perplejidad del posadero no pudo ser mayor.

—Creo —dijo Bill Diamond, tras reparar en qué tumba era aquélla — que Lucille se ha vengado.

—Parece cosa de brujería... —opinó Constance.

—Sí, en efecto, lo parece —admitió Reed Pullins. Era el final de aquella historia.

Una historia de la que, afortunadamente, habían girado ya la última hoja.

—Debes olvidar —dijo Reed a la muchacha, viéndola muy trastornada.

—No quiero olvidar que te he conocido a ti —contestó ella.

—Ni yo voy a consentírtelo. —Reed Pullins pasó un brazo, por los hombros de ella, atrayéndola hacia sí—. Y para demostrártelo, lo primero que voy a hacer es telefonear a mi madre. Voy a decirle que a mi regreso le presentaré a una chica estupenda.

FIN








Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.